

**ESTRATEGIAS Y CONDUCTAS DE EMPAREJAMIENTO HUMANO DESDE LA
PERSPECTIVA EVOLUCIONISTA DE DAVID M. BUSS**

JORGE ARMANDO SALGUERO CÁRDENAS

SERGIO ALEJANDRO PULGARÍN ATEHORTÚA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

MEDELLÍN

2017

**ESTRATEGIAS Y CONDUCTAS DE EMPAREJAMIENTO HUMANO DESDE LA
PERSPECTIVA EVOLUCIONISTA DE DAVID M. BUSS**

JORGE ARMANDO SALGUERO CÁRDENAS

SERGIO ALEJANDRO PULGARÍN ATEHORTÚA

Trabajo de grado para optar al título de psicólogos

Asesor: JUAN FELIPE AGUIRRE ESCOBAR

Psicólogo

Magíster en Psicología

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

MEDELLÍN

2017

Agradecimientos

Gracias a nuestro asesor Juan Felipe Aguirre por aportar sus conocimientos a este trabajo, por su tiempo y disposición. A familiares, amigos y profesores, sin su apoyo este trabajo no hubiese sido posible. Le agradezco especialmente a Fredy Giraldo por la orientación, la paciencia y el compromiso con nuestra formación y a Jorge Salguero por el apoyo y los aprendizajes. Agradezco a todas las personas que directa o indirectamente hicieron parte de este trabajo de la formación en general. A todos, un gran abrazo.

Alejandro Pulgarín

Primero agradecer a mi familia, a mi madre y a mi abuelo, por siempre estar ahí, en todo momento apoyándome. A Alejandro Pulgarín, mi hermano del alma, por haber estado ahí siempre dándome una mano en los momentos más difíciles y siendo mi polo a tierra. A Juan Felipe, nuestro asesor, por la paciencia, el tiempo que nos dedicó y la generosidad de compartir con nosotros una sonrisa y una palabra amiga. A Fredy Giraldo, que nos rescató en la premura de la incertidumbre siempre. A cada una de las personas que formaron parte de mi vida universitaria: sin ustedes la experiencia de la psicología no hubiera sido tan extraordinaria. Infinitas gracias a todos.

Jorge Salguero

Tabla de contenido

Estrategias y conductas de emparejamiento humano desde la perspectiva evolucionista de David M. Buss	5
Capítulo 1: La evolución y la teoría de la selección natural	8
Selección natural	9
Adaptaciones	11
Exaptaciones o productos secundarios	14
Psicología evolucionista	16
Capítulo 2: ¿Qué es emparejamiento?	19
Selección sexual	19
Dimorfismo sexual	23
Estrategias de emparejamiento	26
Una historia de sexo	28
Nueva especie, nuevas estrategias	30
Capítulo 3: ¿Cómo elegimos?	34
Dominancia	35
Atractivo físico	38
Disponibilidad sexual	42
Exclusividad sexual	44

Capítulo 4: Estrategias y conductas de atracción	47
Exhibir recursos	48
Mostrar intención de compromiso	51
Exhibir recursos físicos	53
Alardear y mostrar seguridad en uno mismo	54
Mejorar la apariencia física	55
Capítulo 5: Mantenerse juntos y ¿felices por siempre?	59
Celos sexuales	60
Satisfacer los deseos de la pareja	62
Mantener los rivales a raya	64
Medidas destructivas	66
Cambio de pareja	68
Capítulo 6: Conclusiones	71
Referencias	74

**Estrategias y conductas de emparejamiento humano desde la perspectiva evolucionista
de David M. Buss**

“Creo que he descubierto (¡esto es presunción!) la simple forma por medio de la cual las especies devienen exquisitamente adaptadas a varios fines”. [Fragmento de carta de Darwin a Hooker del 11 de enero de 1844 (Burkhardt 1996, p. 81)]

La presente monografía pretende presentar algunos aspectos básicos y fundamentales de la teoría darwiniana de la evolución por selección natural, de la psicología evolucionista y de cómo la convergencia de ambos grupos de conocimiento y perspectivas teóricas, permite el surgimiento de una propuesta evolucionista sobre el emparejamiento humano.

En el capítulo 1, se aborda la teoría de la evolución por selección natural, propuesta por Charles Darwin, como eje conceptual de los estudios sobre el emparejamiento humano que se presentarán en los capítulos que le siguen. Posteriormente, se presentará la definición, objeto de estudio y pertinencia de la psicología evolucionista. Será una presentación amplia, si se quiere, ya que la teoría de la selección natural, así como la psicología evolucionista, son el punto de partida y fundamento para la propuesta de emparejamiento desde la perspectiva evolucionista que se presentará en los capítulos posteriores.

En el capítulo 2, se presentan los postulados de la perspectiva evolucionista sobre el emparejamiento, la selección intersexual y la lucha intrasexual entre los individuos de la misma especie. Inicialmente, la línea argumentativa se presentará desde los animales de reproducción sexual en general. Sin embargo, el núcleo de la exposición estará encaminado hacia el emparejamiento humano.

Las características deseables en una potencial pareja, la razón de cada una de ellas y por qué fueron lo suficientemente adaptativas como para estar vigentes hasta el día de hoy, en toda la especie, sin importar la cultura, serán cuestiones que se explorarán en el capítulo 3.

En el capítulo 4, se exploran las estrategias que usan los *Homo sapiens* para atraer una potencial pareja y las raíces evolutivas de dichas conductas y estrategias que se mantienen en la especie al día de hoy, esto es, cómo éstas permitieron la subsistencia de la especie. Se hace énfasis en el dimorfismo sexual de las especies, y en cómo algunas conductas son mantenidas por la lucha intrasexual y la selección intersexual. También se plantean algunas de las hipótesis explicativas acerca de la funcionalidad de ciertas estrategias que parecen innecesarias en contextos actuales.

Las estrategias para mantener una pareja, es el tema central del quinto capítulo. También trata los mecanismos de cambios de pareja y la creencia generalizada en el grueso de la población en que la tasa de divorcios es mucho menor que la de matrimonios exitosos (Buss, 1996). Se plantean, asimismo, algunas de las ventajas y desventajas del cambio de pareja.

Al final de la monografía, en el capítulo 6, se presentan algunas conclusiones sobre las estrategias y conductas de emparejamiento además exponen brevemente algunas propuestas —también desde la perspectiva evolucionista— menos exploradas, y con menor evidencia y corpus teórico. Sin embargo, estas propuestas plantean asuntos importantes para la discusión y, por ende, aportan a la construcción del conocimiento en relación con el emparejamiento.

Es importante aclarar al lector que, si bien los temas están tratados en capítulos, aquellos son transversales a toda la teoría del emparejamiento humano desde la perspectiva

evolucionista, y por eso aparecen en diferentes apartados. Sin embargo, el tema de cada capítulo será desarrollado de manera más amplia según se plantea en los ejes temáticos propuestos.

Capítulo 1

La evolución y la teoría de la selección natural

El proceso de evolución de las especies se refiere, actualmente, a una serie de cambios fenotípicos y genotípicos en poblaciones específicas a través de las generaciones. Sin embargo, los modelos explicativos y las teorías que intentan dar cuenta de los procesos y mecanismos mediante los cuales los seres vivos evolucionan, surgen siglos atrás con la filosofía clásica, en la pregunta por el hombre y, particularmente, por su origen. Sobre esto hay diversas posturas y autores. Anaximandro, por ejemplo, propuso que:

La vida se originó de la humedad que cubría la tierra antes de que fuera secada por el sol. Los primeros animales eran una especie de pez, con una piel espinosa (...). Originalmente, los hombres fueron generados a partir de peces y fueron alimentados a la manera de un tiburón vivíparo (Couprie. s.f)

Empédocles, hace casi 2500 años, planteó que “las criaturas ensambladas erróneamente de partes de animales dispares se extinguirán de inmediato por ser incapaces de reproducirse, y sólo las criaturas por casualidad juntas de miembros homogéneos sobrevivirán y así sucesivamente encontrarán la especie que vemos hoy” (Gordon. s.f). Los razonamientos de Anaximandro y Empédocles, similares a muchos de los postulados posteriormente planteados desde la biología como ciencia, parecen precursoras de las teorías modernas de la evolución. Sin embargo, ya que el fin de este trabajo no es realizar un análisis de los antecedentes filosóficos de las teorías de la evolución, nos centraremos en las teorías aceptadas por la biología como ciencia moderna.

Durante el siglo XVII, surgieron las primeras teorías basadas en los sistemas de clasificación de las especies. Uno de los más aceptados en aquella época fue el propuesto por Linneo, quien clasificó las especies por criterios de parentesco y procedencia (Alvarado, 1966, p. 3). Jean-Baptiste Lamarck formuló la que sería considerada, posteriormente, como la primera teoría de la evolución. En ella proponía que la evolución es la capacidad de los individuos de adaptarse al ambiente, y de generar cambios rápidos en su fisiología y morfología. Es decir, el ambiente moldeaba los cambios fisonómicos de los individuos en función de procurar siempre una mejoría (Lessa, 1996, p. 60). Ahora aceptamos la veracidad de que, en sentido estricto, la evolución no es más que una serie de cambios aleatorios y arbitrarios que se mantienen o no en el tiempo en relación con qué tan adaptativos sean en su entorno mediante diferentes mecanismos que ofrece la naturaleza (Lessa, 1996, p. 62).

A la fecha, la teoría de la evolución por selección natural (Darwin, 2014), es la que cuenta con un mayor número de evidencias, aceptación y complementariedad desde diversas disciplinas como la antropología, biología, etología, paleontología, entre otras. Para entender de qué se trata la explicación darwiniana de la evolución, se desarrollarán, a continuación, algunos conceptos básicos que se desprenden de esta teoría. Se aclara que son sólo algunos de ellos, los necesarios para el tema central de esta monografía, porque tratarlos todos podría dar lugar a una extensión innecesaria.

Selección natural

La teoría de la selección natural, como mecanismo de la evolución, plantea que:

Dado que se producen variaciones, que estas son generalmente heredables y lo intrincado y ajustado de las relaciones de los organismos con su medio, la más mínima

variación en un organismo, si es útil en la lucha por la existencia producto de que nacen más organismos de los que pueden sobrevivir, mejorará la probabilidad de supervivencia y de procreación del organismo o, lo que es lo mismo, el organismo se verá favorecido por la selección natural, que provocará la propagación del rasgo. (Darwin, 2014, pp. 80-81)

En este sentido, la evolución por selección natural habla de las características necesarias para la supervivencia de una especie en relación con el medio en el que habita, como un conjunto de rasgos variables entre generaciones que favorecen al organismo, dándole mayores probabilidades de sobrevivir en un entorno particular. Ese organismo legará aquellos rasgos a su descendencia, propagándolos a través de las generaciones siguientes y dándoles una ventaja adaptativa que surge, inicialmente, de forma arbitraria y aleatoria.

La selección natural es un proceso ciego y no consciente que, hasta donde sabemos, explica la existencia de cualquier forma de vida con un propósito aparente pero que, en realidad, “carece de mente e imaginación. No planifica el futuro. No tiene ninguna visión, ni previsión, ni vista. Si puede decirse que cumple una función de relojero de la naturaleza, esta es la de relojero ciego” (Dawkins, 1986, p. 21).

Además del carácter antintuitivo de la selección natural, una de las grandes dificultades que se encuentra en Darwin, como autor, con relación a la explicación de su teoría, es que no la expuso con alguna definición puntual que desarrollara en el *Origen de las Especies* (1859). Lo que hace es explicar el funcionamiento de la teoría como un mecanismo, tal como lo supuso él, a partir de ejemplos.

La hipótesis de la evolución, basada en la adaptación de los organismos en función de las demandas del medio, parece plausible dentro de la teoría darwiniana de la selección

natural. Sin embargo, esta postura es más lamarckiana que darwiniana, ya que uno de los aspectos fundamentales de la selección natural es que los cambios se producen de forma arbitraria y aleatoria en un medio particular y no como consecuencia de este. Sería fácil confundir estas dos teorías y es importante tener claridad entre las demandas del medio como fenómeno, por un lado, y las demandas del medio como un determinante de la selección natural, por el otro (Lessa, 1996, p. 58).

Adaptaciones

Son rasgos fisiológicos, morfológicos o conductuales que surgen de forma aleatoria, por variabilidad genética, y que son mantenidos por selección natural en los organismos dentro de un entorno específico. La principal característica de las adaptaciones podría ser la utilidad de los rasgos que surgen en los organismos en relación con el medio (incluyendo a los miembros de su misma especie), ya que representan alguna ventaja para la supervivencia o para la reproducción.

Las adaptaciones que permiten a los organismos ser exitosos en relación con los otros individuos de su propia especie, les dan una mayor probabilidad de transmitir sus genes a generaciones futuras. Esto quiere decir que en la población de una especie aparecen con mayor frecuencia los genes de los organismos más exitosos. Así, en grandes periodos de tiempo, se ‘normalizan’ las características adaptativas de los individuos que nacen.

Es necesario aclarar que la adaptación, como la propone la teoría de la selección natural, no explica el surgimiento de las características adaptativas en los organismos¹. Por ende, no se puede decir que dichas características aparecen en una población debido a su

¹ Esto lo explica la genética molecular, casi 100 años luego de la publicación de El Origen de las Especies.

funcionalidad. Sin embargo, sí puede decirse que estas se expanden en dicha población debido a las ventajas que implica su aparición y utilidad en relación al medio y a otros individuos; es decir, estas características son ventajosas en términos de supervivencia y probabilidades de reproducción.

Entre las propuestas teóricas que pretenden dar cuenta del proceso de evolución de los seres vivos, se encuentran diferentes posturas que intentan explicar cómo se da el proceso de adaptación, pues los procesos adaptativos en las especies dan cuenta de los cambios que, en suma, conforman lo que, *grosso modo*, se considera evolución.

La adaptación propuesta por Lamarck, por ejemplo, da cuenta de que a partir de las presiones presentadas a los organismos en sus nichos ecológicos, estos cambian sus estructuras fisiológicas y morfológicas por procesos de hipertrofia o atrofia de características que resultan útiles: estas características, según Lamarck, eran transmitidas a la siguiente generación. El ejemplo clásico para la explicación lamarckiana de los procesos de adaptación, se da con el cuello alargado de las jirafas. La propuesta del naturalista francés consistió en que los antepasados de las jirafas tenían cuellos cortos. Sin embargo, su alimento (hojas de acacia y *Commiphora* principalmente) se encontraba en árboles a una altura mayor a la que podía llegar. Por esto, al intentar alcanzar el alimento, habrían alargado progresivamente sus cuellos. Las hipertrofias cervicales producidas de forma progresiva habrían dado lugar, eventualmente, a que los cuellos fueran lo suficientemente largos como para poder alcanzar su alimento y, ya que esta característica resultaría útil para la supervivencia en su medio, se mantendría en la siguiente generación.

Para Darwin, en cambio, la adaptación se daba en función de las probabilidades de que algunos cambios arbitrarios y aleatorios sean útiles para el organismo en su nicho ecológico, y no como resultado de la presión que ese nicho ejerce sobre los individuos de la

especie. La propuesta darwiniana mostró, entonces, que existe una variabilidad en los organismos de generación en generación². Estas variaciones se expresan fisiológica, morfológica o comportamentalmente en el medio y se mantienen en el tiempo en función de la utilidad que tengan. La diferencia en relación con la postura lamarckiana es que estas características no son determinadas por el entorno. Es decir, las variaciones más útiles posibilitan que los organismos puedan, en relación con los que no poseen dicha característica, tener mayores probabilidades de supervivencia y reproducción.

El mismo caso puede verse con adaptaciones comportamentales que representan una ventaja evolutiva: no se produce ningún cambio fisiológico o morfológico pero el cambio conductual genera mayor adaptación. Por ejemplo, los individuos de algunas especies al verse acorraladas por un depredador y sin posibilidades de escapar, caen al piso simulando estar muertos³.

Existe, por ejemplo, una especie de zarigüeya en el estado de Virginia (*Didelphis virginiana*) que, además de hacerse la muerta, libera un líquido desde una glándula anal que envía el mensaje de que, además de estar muerta, se encuentra en descomposición. ¿Cómo podría ser esto una ventaja? La conducta resulta ser adaptativa ya que para algunos depredadores la carroña no hace parte de su dieta. Por ende, al verse enfrentados a un alimento que no fue cazado, prefieren desecharlo y esto permite que el animal escape. Los individuos de la especie que no usaron la estrategia son devorados ya que no cuentan con esa ventaja para la supervivencia.

² Darwin nunca pudo explicar esta variabilidad constante. Fue explicada por la genética mendeliana con los *genes recesivos*.

³ Táctica conocida como *tanatosis*.

Otro ejemplo, ya no relacionado con la supervivencia sino con la reproducción, se encuentra en una especie de pájaro tejedor africano (*Ploceus spekei*). Este construye un nido hecho de ramas y hojas secas, luego de esto se pone de cabezas en la entrada, la hembra de la especie ingresa y durante aproximadamente diez minutos salta, picotea y aletea en el nido. Si le parece que es lo suficientemente resistente, accede a la cópula con el macho que construyó el nido, de lo contrario simplemente vuela a inspeccionar otros nidos hasta encontrar uno que cumpla con los requisitos estructurales. Esto da cuenta de cómo un comportamiento favorece las probabilidades de reproducción en las especies y cómo esto les permite tener mayor éxito frente a otros individuos de su especie para copular.

El surgimiento de características adaptativas, entonces, no está determinado por el medio. Es más bien un surgimiento aleatorio y arbitrario que, si es útil para el individuo, se mantiene por selección natural, dándole mayores posibilidades de supervivencia y reproducción. Esto, además, permite afirmar que el proceso de adaptación por selección natural, así como el mecanismo de selección natural en sí mismo en relación con el proceso de evolución, actúa sobre los individuos pero sus consecuencias son poblacionales en las especies. Es decir que los cambios que se producen inicialmente en individuos, por las ventajas que representan cuando son útiles y funcionales en entornos particulares, se mantienen en el tiempo y las generaciones, a diferencia de los cambios que no lo son.

Exaptaciones o productos secundarios

El término *exaptación* es propuesto por Stephen J. Gould y Elisabeth Vrba (1982) como una crítica al adaptacionismo. Estos dos autores plantearon que la gran mayoría de las características en las especies son útiles, eficientes y alcanzadas por selección natural. Gould

hace una clara distinción entre la utilidad actual de una característica (fisiológica, morfológica o comportamental) y el origen de esta. Justo en este punto es donde puede verse la relevancia del concepto de exaptación.

Las exaptaciones son características que surgen, y se mantienen, por selección natural en una especie, pero que son utilizadas posteriormente (no en sentido volitivo) para fines que bien podrían no relacionarse con el fin original que fue seleccionado y mantenido en principio. Un ejemplo representativo es el del plumaje de las aves. Se plantea que las plumas surgen en las aves como una estrategia de atracción de pareja o para mantener el calor corporal y que su utilidad para el vuelo surge posteriormente en su historia evolutiva, tal vez de manera accidental (Gould y Vrba, 1982). Otro ejemplo icónico propuesto por Gould (1982) se refiere al:

(...) clítoris hipertrofiado de la hiena moteada. Esta estructura, aparentemente, cumple una función relevante, un papel importante, en los rituales de apareamiento de esa especie; pero su evolución puede ser un efecto secundario de presiones selectivas de otra índole que premiaron hembras con más secreción de andrógenos en virtud del mayor tamaño que ellas podían alcanzar. (Gould y Vrba, 1998, p. 529)

Es necesario retomar el concepto de exaptaciones para no caer en pensamientos panglossianos y recurrir a explicaciones causalistas y funcionales de todas las características del emparejamiento humano. Por esta razón, la presente monografía no estará centrada en dar cuenta de las características de ciertos rasgos o estrategias, discriminándolas en exaptaciones o adaptaciones sino, más bien, en cómo estas son útiles en el proceso de emparejamiento en humanos.

Psicología evolucionista

Aleksandr Luria (1975) mostró la necesidad de estrechar el vínculo entre la psicología y la biología, ya que sin conocimiento de los principios biológicos generales de la adaptación no se puede garantizar, de ninguna manera, una clara comprensión de las individualidades del comportamiento de los animales, y así todo intento de entender la compleja forma de actividad mental del hombre, perdería toda su base biológica.

Por otro lado, la propuesta de Luria dio paso a consideraciones teóricas desde la perspectiva de la psicología y, específicamente, la psicología evolucionista, que

Es una aproximación a la psicología, en la cual los conocimientos y los principios de la biología evolucionista se aplican a la investigación de la estructura de la mente humana (...)

Es un modo de pensar la psicología que puede aplicarse a cualquier asunto dentro de ella.

(Cosmides, 1997, p. 1)

Para Cosmides, la psicología evolucionista es un modo de pensar la psicología que puede ser aplicado a cualquiera de los temas contenidos en ella. Esta postura busca aplicar la teoría evolucionista al ser humano, tal como es aplicada a las demás especies desde los postulados de Darwin sobre la selección natural, según la cual, ciertos animales han tenido más descendencia porque están dotados de unas características físicas y conductuales que les ha permitido sobrevivir y reproducirse con mayor éxito, perpetuando en cierta medida dichas características transmitidas a su descendencia. Los psicólogos evolucionistas tratan “de identificar los mecanismos psicológicos productos de la evolución” (Buss, 1996, p. 20). El postulado central de la psicología evolucionista es que la selección natural fue moldeando estrategias mentales con el fin de que los primeros homínidos pudieran resolver ciertos problemas adaptativos (Villada, 2009).

La psicología evolucionista tiene como objetivo, por tanto, “descubrir y entender el diseño de la mente humana” (Cosmides, 1997, p. 1). En suma,

La mente es un conjunto de máquinas procesadoras de información diseñadas por selección natural para resolver los problemas adaptativos a los que se enfrentaron nuestros ancestros cazadores-recolectores. Este modo de entender el cerebro, la mente y el comportamiento está produciendo cambios en el modo en que los científicos afrontan los viejos problemas y abriendo otros nuevos. (Cosmides, 1997, p. 1)

Los principios de la psicología evolucionista “que explican las características de los animales son (1) origen común, y (2) adaptación controlada por selección natural” (Cosmides, 1997, p. 1). El primero plantea que todos los seres humanos están emparentados evolutivamente por la existencia de un ancestro común, rastreable con lo que se nombra como la *Eva mitocondrial*⁴. Por ende, es esperable encontrar características físicas y psicológicas (en términos de estrategias psicológicas y conductuales) similares entre todos los *Homo sapiens*. Por otro lado, el segundo principio —la adaptación controlada por la selección natural— “apunta a la búsqueda de diseño adaptativo, que usualmente supone examinar capacidades mentales diferenciadas únicas de la especie que se está investigando” (Cosmides, 1997, p.14). Estos dos principios muestran que lo novedoso en la psicología evolucionista es la capacidad de ordenar y agrupar grandes conocimientos y subáreas de la psicología como “el estudio del ciclo de vida, los procesos de aprendizaje, los estados dinamizantes (motivaciones y emociones), los procesos cognoscitivos, las diferencias individuales, la personalidad, la conducta anormal, el comportamiento social, la cultura y las instituciones sociales” (Sánchez, 2001, p. 119).

⁴ El término *Eva mitocondrial* fue acuñado por Roger Lewin (1987), refiriéndose a una hembra de las primeras especies *sapiens* que, sin ser anatómicamente una humana moderna, habría engendrado el linaje humano como lo conocemos hoy.

En esta línea, Fischer (1999) propuso el Modelo de Causas Integradas (MCI). El MCI defiende que nuestras conductas están determinadas por la evolución biológica en interacción con el entorno, lo cual habría seleccionado en nuestra mente módulos específicos preprogramados para resolver problemas planteados, básicamente, en nuestra época ancestral de cazadores-recolectores. Esto se traduce en la existencia de una naturaleza humana única, sobre la que se superponen las variaciones culturales observables que son manifestaciones de particularidades rituales de costumbres.

A modo de síntesis, el objetivo de la psicología evolucionista es “identificar los mecanismos psicológicos y las estrategias conductuales como soluciones desarrolladas a los problemas de adaptación que ha tenido que superar nuestra especie humana durante millones de años” (Buss, 1991, p. 461). Estas conductas son respuestas que en algún momento fueron adaptativas para nuestra especie en su nicho ecológico y que se mantienen, primero por su complejidad y utilidad ancestral para la especie, y segundo, porque en términos generales estas conductas siguen siendo funcionales para la especie aunque no de la misma forma, ya que los cambios en nuestros nichos distan mucho de los contextos en los que surgieron por selección natural como soluciones a los problemas adaptativos.

Capítulo 2

¿Qué es emparejamiento?

Evolutivamente, el emparejamiento es un problema exclusivo de las especies que se reproducen de forma sexual. Un problema que estas especies han estado resolviendo durante miles de millones de años con el fin de reproducirse exitosamente, atrayendo individuos del sexo opuesto para perpetuar sus genes (como una suerte de inmortalidad genética) y se han encontrado, asimismo, con múltiples soluciones para este problema. Estas soluciones están ligadas a, y dependen de, las aptitudes y características propias de los individuos de la especie, además de las características del entorno particular que habitan. Es decir, las diversas formas en las que estas especies resolvieron (sin atribución de voluntad o conciencia para ello) problemas adaptativos, son perpetuadas por la selección natural dada su eficacia, lo que les permite a los organismos aumentar sus posibilidades de supervivencia.

Selección sexual

Desde que Darwin hizo su viaje en el HMS Beagle (entre 1831 y 1836) le inquietaron varias manifestaciones fenotípicas y conductuales para las cuales no encontraba una respuesta lógica dentro de su teoría de selección natural. Entre ellas, estaba el plumaje del pavo real: si ese plumaje le reduce la velocidad de escape y lo hace más visible para los depredadores ¿por qué la selección natural lo habría favorecido? Darwin posteriormente descubrió que el plumaje cumplía un papel dentro del cortejo y la elección de pareja para acceder a la cópula. Asimismo, notó que en muchas otras especies había características que no eran adaptativas

para escapar de los depredadores o conseguir alimento (generando mucho costo para el organismo), pero sí para conseguir pareja.

Retomando el asunto del pavo real, encontramos que su función adaptativa no siempre está ligada a la supervivencia en relación con estrategias de ataque o defensa ante alguna amenaza (de un depredador, por ejemplo, o de los peligros del entorno en relación con los fenómenos naturales y las exigencias del medio). El pavo real es un claro ejemplo de cómo se mantienen características muy costosas en términos metabólicos y de supervivencia: el plumaje colorido y la vistosa cola del *Pavo cristatus* (pavo real común) macho, los hace muy visibles a los posibles depredadores y el tamaño de su cola los hace muy lentos como para escapar o esconderse de forma eficaz. En último término, serían una presa fácil para cualquier depredador. Pero si es así ¿por qué se mantienen estas características en la especie a un costo tan alto? La respuesta no es compleja, pero como muchos de los postulados desde la teoría de la evolución planteada por Darwin, sí es antintuitiva. Las hembras de la especie (más pequeñas y menos coloridas) habrían optado por elegir como parejas para la cópula a los machos con los plumajes más coloridos y las colas más grandes. Por ende, estos machos tendrían mayor acceso a las hembras en los periodos de reproducción y mayores posibilidades de perpetuar sus genes en sus crías, haciéndolos más eficaces sexualmente que sus competidores menos coloridos. Esta característica se hereda a su descendencia y se normaliza (estadísticamente) en la especie con el transcurrir de las generaciones.

En ese mismo sentido, Darwin propuso que la hembra juega un papel dominante en la elección de compañeros para el emparejamiento, moldeando de esta manera las estrategias que utilizan los machos de la especie para acceder a la cópula. Darwin (1994) denominó este mecanismo como *selección sexual*, la cual habría desempeñado un papel principal en la evolución de las especies, ya que modula las estrategias y conductas de emparejamiento.

Saber elegir una pareja para el emparejamiento toma sentido e importancia también desde la perspectiva de la selección natural ya que la selección sexual

Depende de las ventajas que unos individuos tienen sobre otros del mismo sexo y especie, desde el solo punto de vista de la reproducción (...) porque solo los individuos que engendran y alimentan a sus crías de una manera perfecta, dejarán mayor número de herederos de sus cualidades superiores, mientras que los que engendren y críen imperfectamente no dejarán sino muy pocos para heredar sus débiles cualidades. (Darwin, 1994)

Esta cuestión planteaba, además, que la selección sexual regula de forma directa (mas no consciente) el camino de evolución en la mayoría de las especies que se reproducen sexualmente.

Helena Cronin (1991) se ubicó en este punto de la teoría de la selección sexual para retomar el debate, abierto por Wallace, sobre si la hembra escoge al mejor macho o a las mejores características de los machos, tales como los nidos creados por estos (ver ejemplo mencionado en el capítulo anterior, acerca de los pájaros tejedores africanos). En el caso del pavo real, el debate se traduce en si la hembra escoge o prefiere al macho solamente por su belleza o si lo prefiere por su belleza en aras de la adaptación y salud que esta podría estar evidenciando.

Darwin (1994) sostuvo que “un gran número de animales machos se han vuelto hermosos en aras de la belleza” (Cronin, 1991, p. 265). Mientras tanto, Wallace argumentó una escogencia sensata por parte de las hembras, quienes escogen belleza como signo de salud, fertilidad o resistencia de los machos. Posteriormente, Ronald Fisher (1915, citado en Cronin, 1991, p. 265), concilió a Darwin con Wallace y dio una posible solución mostrando

cómo el simple gusto por la belleza (argumento darwiniano) puede ser sumamente adaptativo y configurar una elección sensata (argumento wallaciano).

Cronin (1991, pp. 265-266) evidenció con un ejemplo esta conciliación, de nuevo haciendo referencia al pavo real:

Imaginemos que usted es un pavo hembra en una población donde hay preferencia mayoritaria entre los pavos hembras por machos que tengan colas largas y estorbosas. Usted podría hacer una escogencia de pareja, aparentemente sensata, y buscar uno que tuviera una cola mucho más corta. Pero, ¿qué sucedería en la próxima generación? Su hija habría heredado la preferencia mayoritaria por las colas largas. Su hijo podría estar mejor equipado para la supervivencia, pero, ¿qué tan bueno puede ser desde el punto de vista evolutivo no poder conseguir pareja? La selección natural acabaría por eliminar tanto su preferencia en el apareamiento como la cola corta de su compañero. Habría sido una estrategia mejor haber buscado un macho que lo hubiera dotado de hijos atractivos. Usted habría disminuido las probabilidades de sobrevivir de sus hijos, pero aumentado sus posibilidades de tener nietos.

Esas preferencias femeninas, aunque no impliquen una gran adaptabilidad de los machos al ambiente, sí implicaría un aumento en la probabilidad de que la próxima generación se reproduzca exitosamente y pueda seguir esparciendo y conservando los genes que, inevitablemente, conservarán esas preferencias femeninas y las características masculinas preferidas.

Dimorfismo sexual

En este punto es importante preguntarse entonces, en relación con el emparejamiento, ¿por qué machos y hembras de una misma especie difieren tanto morfológicamente? El fenómeno de las diferencias morfológicas, conductuales y fisiológicas entre los sexos de una misma especie es conocido como *dimorfismo sexual*. Este tipo de dimorfismo es fundamental para el acto reproductivo. Las especies sexuales tienen órganos reproductores complementarios que posibilitan la transmisión de gametos entre organismos. De esta forma, cada gameto aporta el 50% de los genes de la cría. Sin embargo, hay características físicas más allá de los órganos reproductores que hacen diferentes a machos y hembras en muchas de las especies sexuales. Como ya se mencionó, el pavo real ejemplifica el dimorfismo sexual: el macho de la especie es más colorido y tiene una vistosa cola; por otro lado, la hembra es de un tono café y tiene una cola pequeña (ver imagen 1). El dimorfismo es evidenciable en especies de aves, mamíferos, peces y muchos invertebrados.



Imagen 1. Dimorfismo sexual *Pavo cristatus* (pavo real).

El dimorfismo sexual se aprecia en caracteres sexuales primarios y secundarios. Los caracteres primarios son los órganos reproductivos de cada sexo. Los secundarios son las demás características morfológicas, fisiológicas y conductuales que hacen que los sexos se diferencien. Estos rasgos cumplen una función dentro de la lucha intrasexual y la selección intersexual (conceptos que se desarrollarán posteriormente en este mismo capítulo).

En el *Homo sapiens*, los caracteres sexuales secundarios pueden apreciarse desde la adolescencia de los individuos, etapa en la que se comienza el proceso de maduración sexual. Entre los rasgos representativos de dimorfismo sexual, se observa que los machos *Homo sapiens* tienen:

- Una musculatura más desarrollada, mayor fuerza física y masa muscular.
- Un incremento de la estatura (los varones adultos son más altos que la mujer adulta en promedio).
- Vello androgénico más grueso y largo en otras partes del cuerpo.
- Vello facial.
- En promedio, pies, manos y nariz más grandes que en las mujeres.
- Un tórax y hombros más anchos.
- Voz más grave que la de la mujer.
- Un índice cintura-cadera menor que la mujer.
- Un cráneo y esqueleto en general más pesados.
- Mayores posibilidades de aparición de alopecia androgénica con el pasar de los años.
- Comportamientos más agresivos.

Entre los rasgos representativos de dimorfismo sexual, se observa en las hembras *Homo sapiens*:

- Senos desarrollados y pezones más grandes.

- En promedio, menor crecimiento de la estatura que en el varón,
- Mayor nivel de grasa subcutánea, especialmente en el rostro, glúteos y muslos.
- Caderas más anchas.
- Desarrollo de vello corporal en menor medida que el macho.
- Vello púbico crecido en el área genital cubriendo la vulva y el monte de Venus.
- En promedio mayor posibilidad de aparición de celulitis.
- Voz más aguda que la del macho.

Aunque el dimorfismo en *Homo sapiens* no es tan grande como en otras especies, plantea diferencias fundamentales que posibilitan pensar la forma en que las hembras seleccionan los machos.

Existe evidencia en numerosas especies de que el apareamiento no es aleatorio con relación al fenotipo del macho. Las variables fenotípicas que más se han estudiado son el tamaño corporal, la longevidad, la edad, (...) y otros caracteres morfométricos (Rivera, s.f).

A partir de lo anterior se evidencia, a lo largo de la historia evolutiva en función de la elección en relación al sexo, que surge una lucha entre sexos que se da en dos vías. La primera es la vía intersexual, que se refiere a generar la mayor atracción del sexo opuesto mediante la exposición de atributos que se consideran deseables para una potencial pareja. La segunda, se refiere a la vía intrasexual: una competencia entre individuos del mismo sexo con el fin de determinar cuál de ellos accede a la cópula. De forma más amplia tenemos entonces que:

La lucha intrasexual está relacionada con la evolución de los rasgos que facilitan la competencia entre individuos del mismo sexo para ser exitoso: la lucha intrasexual se asocia con la lucha entre los miembros de un mismo género o sexo por el acceso a una potencial pareja. Los mejores individuos en la lucha intrasexual tienen una ventaja en el acceso a la

cópula sobre los contendores: en el cortejo humano, por ejemplo, de acuerdo a los recursos, tácticas de cortejo, posición social o intelectual, exhibidas ante la mujer que les atrae, garantizará el emparejarse con quien le ofrezca en mayor medida lo que ella busca. (Barrera, 2014, p. 14)

Los más representativos ejemplos de la lucha intrasexual se dan en muchas especies de mamíferos. Los machos con cuernos —carneros, alces, bisontes almizcleros, por mencionar algunos de los más representativos— durante los periodos de celo de las hembras de su manada se enfrentan, literalmente, con otros de los machos usando como armas sus cuernos. El vencedor de estas contiendas será quien pueda acceder en mayor medida a la cópula con las hembras. De forma similar, los machos del género *Mirounga* (elefante marino) tienen batallas realmente violentas, llegando a perder porciones de su trompa o grandes cantidades de sangre. En este caso, los machos luchan con el fin de tener el dominio de porciones de playa, de las hembras que reposan en estos espacios y de la copulación con ellas. El tamaño se convierte, entonces, en una ventaja frente a los machos de la misma especie. Estos machos, además, tendrán que mantener el dominio de las porciones de playa ganadas, ya que cualquier macho puede retarlo por una parte de territorio.

Estrategias de emparejamiento

La selección intersexual implica el éxito reproductivo al generar mayor atracción en el sexo

opuesto. Es decir, si los individuos de un mismo sexo muestran cierta similitud acerca de las cualidades deseadas por los miembros del sexo opuesto, a continuación los del sexo opuesto que poseen las cualidades deseadas tienen una ventaja de emparejamiento (Barrera, 2014).

Buss (1996) describió una serie de *estrategias de emparejamiento*, las cuales son métodos para lograr objetivos y soluciones adaptativas al problema de acceder a una pareja sexual. De allí que “no elegimos pareja al azar, ni la atraemos de forma indiscriminada, ni vencemos a nuestros rivales por aburrimiento” (Buss, 1996, p. 3); la elección de parejas tiene como finalidad aumentar las probabilidades de acceder a la cópula. Cabe mencionar además que, si bien son estrategias con un fin específico, estas no son voluntarias, intencionadas ni conscientemente razonadas; más bien son moldeadas por la selección natural con el paso de la historia evolutiva de la especie.

Como ya se planteó, todas las conductas de emparejamiento pueden agruparse en alguno de los dos grupos expuestos (lucha intrasexual y selección intersexual) y tienen como fin la cópula. Sin embargo, no es pertinente considerar que todas obedecen a fines adaptativos en función de la reproducción (de hecho, no muchas de las relaciones sexuales actuales tienen como fin engendrar un bebé); afirmarlo sería como explicar todas las conductas alimenticias en términos nutricionales. No obstante, nuestras estrategias de emparejamiento no pueden dejar de estar condicionadas en mayor o menor medida en función del acceso a la cópula y posteriormente a la reproducción. Aunque el ciclo vital tiene una ardua influencia en este proceso (Arias, Palechor y Arcila, 2016), ya que los humanos, dependiendo de la etapa de la vida en la que se encuentren, pueden variar las características que buscan en una potencial pareja —dependiendo de sus necesidades—, también es claro que hay unas características fundamentales en toda la especie, en las cuales se centrará el presente trabajo de grado.

Teóricamente, en lo concerniente al *Homo sapiens*, se parte de la vigencia de las características, conductas y estrategias de emparejamiento que este usa para escoger, atraer, retener y cambiar de pareja sin importar la cultura. Se puede afirmar, entonces, que “sigue

vigente nuestra psicología evolutiva [entendiendo acá psicología evolutiva no como un marco conceptual sino como un repertorio de conductas de nuestra especie] del emparejamiento: como es la única que tenemos, la ponemos en práctica en el entorno actual” (Buss, 1996, p. 37) ya que el entorno cambia mucho más rápido que las conductas moldeadas por los mecanismos de la evolución. Por ende, “del mismo modo que nuestra anatomía apenas ha cambiado en los últimos 150 000 años, en lo que respecta a la componente innata de nuestra psique sexual seguimos siendo, en esencia, cazadores-recolectores paleolíticos” (García, 2005, p. 27).

Una historia de sexo

El fuerte interés de los seres humanos por el sexo está estrechamente ligado a su condición natural. El sexo no es nada extraño en nuestra historia biológica: nuestros ancestros se reprodujeron sexualmente desde antes de la aparición de los primeros animales (García, 2005). Así que para comprender el gran interés de los *Homo sapiens* por el sexo es necesario comprender el papel del sexo en la reproducción.

El sexo probablemente emergió por casualidad, en un mundo de bacterias unicelulares, en ambientes agrestes y en un momento crítico para la vida en el que se recurre a una suerte de canibalismo celular, pero a partir de un “canibalismo no consumado que habría conducido a la fusión de material genético de dos células dentro de un solo cuerpo celular” (García, 2008, p. 24). Formas de reproducción como la conjugación procariota, llevan a pensar en ese método para procrear como un vestigio del inicio de la reproducción sexual.

El sexo es una forma de reproducción desgastante para los individuos, requiere gasto energético en la búsqueda de pareja, en el acto sexual, en la gestación de la cría y la crianza del nuevo individuo. Pero el sexo permite, además, una mayor variabilidad genética para una mayor probabilidad de supervivencia de las crías: “El juego de la vida es como una lotería: los organismos asexuales lo apuestan todo a un número, mientras que la reproducción sexual permite diversificar la apuesta, lo que incrementa las posibilidades de acertar” (García, 2008, p. 41). Aun así, la función adaptativa de la reproducción sexual en lugar de la asexual es una de las más grandes preguntas no resueltas en la teoría evolutiva.

En el dominio eucariota la forma más común de reproducción es la sexualidad facultativa, que consiste en la capacidad de los individuos reproducirse asexualmente en condiciones normales, pero que en momentos puntuales pueden cambiar esa reproducción asexual por una reproducción sexual para aumentar la variabilidad genética y procurar las mayores probabilidades de supervivencia, sobre todo en organismos microscópicos. Esta forma de reproducción prevalece en individuos de tamaño muy pequeño pero de descendencia amplia. En animales de tiempos de generación largos y descendencia relativamente pequeña —como los mamíferos, aves y la mayoría de vertebrados— predomina la reproducción sexual (García, 2008, p. 27).

La competencia es un elemento central de la reproducción sexual. Lynn Margulis (1997), retomando a Darwin, expuso que cuando “las hembras escasean en relación al número de machos dispuestos a aparearse con ellas” (p. 169) aparece la necesidad de los machos de competir entre ellos para tener acceso a la reproducción. En consecuencia, y en este contexto, las hembras seleccionan machos con las características más aptas para la supervivencia. De hecho, Darwin ya había notado que los animales que ejercen una

discriminación de características individuales con fines sexuales, pueden influir en los caracteres de la siguiente generación.

Las estrategias asociadas a la reproducción no escapan de la selección natural, y son moldeadas por este mecanismo de generación en generación. Pretender que el *Homo sapiens* escape a esto es pretender tapar el sol con un dedo. La historia evolutiva del ser humano está condicionada, como en todas las especies, por su pasado evolutivo. No se pueden comprender los comportamientos relacionados con las estrategias de emparejamiento sólo por la adaptación a la vida moderna, sino por el mismo pasado evolutivo: nuestra sexualidad evolucionó sin pastillas anticonceptivas ni bares de por medio.

Nueva especie, nuevas estrategias

En el proceso de hominización han ocurrido cambios sustanciales y de gran impacto para el problema del emparejamiento, añadiendo nuevos inconvenientes con los que ha tenido que lidiar la especie para lograr el cometido de procrear exitosamente.

Inicialmente, la postura erguida —claramente observada a partir del *Homo erectus*, que permite tener un campo visual más amplio y mayor velocidad de desplazamiento para poder sobrevivir en la sabana africana, llena de depredadores con los cuales claramente un *Australopithecus sediba* (sin garras, veneno, colmillos sobresalientes y en general ningún carácter que le permita una defensa exitosa) estaba en total desventaja—, permite una serie de cambios que entran a modificar los mecanismos de selección sexual en el género *Homo*. A continuación, se mencionarán esos cambios sin una jerarquía y sin un orden temporal. Tampoco se expondrán todos los cambios dados en el proceso de bipedestación (postura erguida), sino los más influyentes en el tema de interés para la presente monografía.

La bipedestación permitió:

- Un aumento de capacidad craneal, ya que el cráneo está apoyado y reposa su peso verticalmente sobre la columna vertebral. La cara toma una forma menos pronunciada del maxilar inferior y del arco superciliar, lo que permite que el punto de gravedad del cráneo mantenga el equilibrio sobre el cóndilo occipital.
- Liberar las extremidades superiores (antes ocupadas en la locomoción del individuo) posibilitó usarlas para otras acciones, lo que posteriormente desencadenaría el desarrollo de herramientas.
- Que la laringe se movilizara hacia una locación inferior comparada con el resto de primates. Esto, junto al aumento del volumen cerebral, terminan permitiendo la aparición del lenguaje.
- Que las caderas de las hembras se hicieran más anchas para permitir el parto. Esto al mismo tiempo disminuye el tiempo de gestación de las crías, lo que implica un nacimiento de hijos más inmaduros y poco desarrollados.
- La desaparición de la exposición de la vulva femenina y, con esto, los signos evidentes de ovulación. También desaparecen los periodos de celo de las hembras.
- La exposición permanente de los pechos de la hembra.

Entre las diferentes maneras de abordar el emparejamiento humano, Darwin (2014) lo explicó como una conducta moldeada por el mecanismo de la selección natural, no solo como una serie de procesos mentales adquiridos durante el ciclo vital del individuo, sino incorporados en la carga genética desde el momento de la concepción misma.

Posteriormente, el mismo Darwin (1994) explicó cómo el mecanismo de selección sexual moldea el camino evolutivo de las especies en relación con el éxito que tiene cada individuo

en la cópula. Darwin, sin embargo, no desarrolló asuntos particulares sobre las conductas y estrategias de emparejamiento propias del *Homo sapiens*.

Buss (1996) realizó un estudio de amplias proporciones intentando comprender cuáles eran esas características presentes en la especie humana, sin importar la cultura, que se utilizan para escoger, atraer, mantener y cambiar de pareja. Esta investigación fue hecha con una encuesta creada por el mismo Buss. Con una muestra de un poco más de 10 000 sujetos en 6 continentes, 5 islas y 37 culturas, Buss incluyó además personas de todos los niveles de educación. Los sujetos oscilaron entre los 14 y 70 años. La muestra contó con una representación significativa de todos los sistemas políticos, raciales y étnicos, siendo este estudio el más grande realizado hasta la fecha para encontrar dichas estrategias.

Las diferencias de estrategias entre sexos se presentan en función de los diversos problemas adaptativos que han encontrado en sus nichos ecológicos (Buss, 2004). Agresión, celos, deseo de variedad sexual, son condiciones que marcan las pautas que determinarán la forma en la que machos y hembras *Homo sapiens* eligen, atraen, mantienen y cambian de pareja. Los mecanismos y estrategias que utilizan y que luego se mantienen por la selección natural, son regulados entonces por el sexo opuesto y por el medio en función del éxito de dichas estrategias.

Además de lo anterior, el emparejamiento conlleva otro problema que condiciona el moldeamiento de conductas como elegir, atraer, conservar y cambiar de pareja: solo el 3% de los mamíferos, entre ellos el *Homo sapiens*, se emparejan para criar hijos (Discovery Channel, 2009). En el otro 97%, sólo un progenitor, generalmente la madre, es quien cuida la cría. Pero la cría de *Homo sapiens* nace sumamente inmadura: mientras una cría de caballo o de elefante puede caminar y comer por sí sola en cuestión de horas (o minutos), la cría

humana tarda años en desarrollarse y ser independiente en locomoción, alimentación y comunicación con sus congéneres.

Esto conduce a que las estrategias más elaboradas de emparejamiento de los *Homo sapiens* surjan como respuesta al problema adaptativo de la diferencia en la inversión inicial en la reproducción: la gran inversión materna y la necesidad de procurar una inversión paterna que permita criar el bebé hasta un punto medio de independencia. Esto se da para equilibrar cargas de inversión en hombres y mujeres en relación con la concepción de un individuo y, como ya se ha dicho, de esto dependerán muchas de las estrategias que se usen para elegir y atraer una potencial pareja.

Capítulo 3

¿Cómo elegimos?

Elegir una potencial pareja implica el reconocimiento de ciertas características que se valoran como adecuadas y que permiten aumentar las probabilidades de acceso a la cópula con o sin fines reproductivos. La elección, como ya se ha mencionado, no es un proceso consciente. Es decir, para elegir a una potencial pareja esta debe poseer algunas características que den cuenta de forma indirecta de aspectos que se consideran fundamentales al momento de elegir a los individuos de la especie aptos o más aptos para el emparejamiento. Elegir es el principio del problema adaptativo que implica el emparejamiento. “Es poco probable que una clara preferencia por la forma del ombligo evolucionara a menos que las diferencias de ombligo masculinas fueran relevantes desde el punto de vista adaptativo para las mujeres primitivas” (Buss, 1996, p 46).

Lo que hace deseable a una potencial pareja está relacionado con la forma en la que los individuos exhiben la solución a problemas adaptativos. Por ejemplo, “si escogiéramos [una pareja] que no entregará los recursos prometidos, que tuviera otras relaciones, (...) o que se dedicara a maltratarnos físicamente, nuestra capacidad de supervivencia sería débil y se vería comprometida la de reproducción” (Buss, 1996. p. 25); por esta razón hacer una buena elección sería fundamental.

La elección, además, da cuenta de dos procesos en los individuos de la especie: uno, con relación a la elección que pueden hacer de una potencial pareja por los recursos que esta exhibe, y otro con respecto a la forma en la que se percibe y exhiben los propios recursos.

Sin embargo, el tema se desarrollará de forma más amplia en el capítulo siguiente, cuyo eje central no es la elección sino la atracción de una pareja potencial.

Buss (1996) propuso varios rasgos fundamentales y preferencias universales determinantes para la elección de una potencial pareja: dominancia, atractivo físico, disponibilidad sexual y exclusividad sexual. Ya que estos son los principales rasgos, a modo de dominios definidos por el mismo Buss, se expondrán en esta monografía desde su perspectiva. Los dominios contienen, a su vez, rasgos relacionados con la simetría, indicadores de salud, estatus social, fertilidad, entre otros, que también dan cuenta de características deseables para una potencial pareja. Cabe mencionar que, si bien se darán ejemplos de conductas y estrategias en muchas especies, el centro de la exposición será el *Homo sapiens*.

Además de esta variedad entre dominios, existen grandes diferencias entre los dos sexos al momento de elegir una potencial pareja. Sin embargo, para no caer en una polarización entre sexos, se plantea dentro de los dominios una diferenciación implícita de las preferencias de cada sexo.

Dominancia

La dominancia puede entenderse como la base de la lucha intrasexual en el *Homo sapiens*. Los individuos de la especie exhibirán indicadores que le permitan a la mujer darse cuenta del estatus del hombre frente a otros varones. Esto puede verse, por ejemplo, en el comportamiento y organización social de los gorilas (*Troglodytes gorilla*): existe dentro de sus manadas un macho alfa, que tiene acceso a las hembras. Este macho domina a los demás y no permite que estos tengan acceso a sus hembras. Los machos alfa no solamente dominan

en términos jerárquicos dentro de su orden social, sino que además se imponen frente a los otros machos restringiendo el acceso sexual a las hembras. La dominancia no implica entonces un simple acto de fuerza, la dominancia se puede dar en cualquiera de los aspectos que impliquen una ventaja evolutiva para el macho que las ostente.

Para dar un poco más de claridad acerca de la exhibición de recursos, se propondrá un ejemplo. En una discoteca, en cuya entrada hay mucha gente ya que es un sitio popular, pueden darse dos escenarios diferentes: en uno de ellos llega a la entrada un hombre en un carro deportivo último modelo que viste un traje semiformal, zapatillas, un reloj vistoso; es alto y es evidente que va al gimnasio, además pasa por la entrada con una actitud segura y, tras una pequeña conversación con el guardia en la puerta, este le permite entrar. En el otro escenario, un sujeto que llega a la misma discoteca, que mide 1,65 m, y pesa unos 100 kg, se baja de un taxi y, al guardar lo que le sobra de dinero después de pagar el viaje, lo hace en una billetera de plástico que cierra con velcro; tiene acné y al parecer luce cansado como si le faltara el aire, suda y tiene la nariz sucia; lleva puesta una sudadera y unos zapatos tipo Crocs; pasa en medio de la gente pidiendo diligentemente que le excusen, se hace paso y llega al final de la fila para poder entrar a la discoteca. Si usted es o si fuera una mujer ¿con cuál de los dos hombres preferiría tener una cita?

El anterior es un ejemplo de una situación llevada al extremo. Sin embargo, ese tipo de situaciones, aunque mucho más matizadas, son las que enfrentan las hembras *Homo sapiens* para elegir una potencial pareja. Volviendo al ejemplo, el hombre que baja del carro deportivo y exhibe características deseables en las mujeres puede no ser un hombre al que le interese la crianza o que disponga sus recursos en función de la pareja y una posible cría; puede que ese hombre no disponga de recursos económicos, cognitivos o emocionales en absoluto, pero en el contexto donde los exhibe, y la forma en que lo hace, permite pensar que

los tiene. En este sentido, la elección se basa en la credibilidad con que se exponen ciertas características en relación con los demás individuos de la especie.

Buss (1996) planteó la dominancia en términos de emparejamiento con una finalidad sexual:

El conocer lo que se desea en una pareja no ofrece garantías de que se vaya a conseguir, ya que el triunfo radica en exhibir indicadores de que se ofertarán los beneficios que desea la pareja potencial, es decir que será importante mostrar elementos que interesen a [una potencial pareja]. (Buss, 1996. p 162)

Se puede decir, entonces, que hay una lucha por mostrar mejor que los demás las características que atraen a una potencial pareja y, que quien así lo consiga, dominará a sus contendores y logrará emparejarse. Se busca así enviar las señales que satisfagan las necesidades de una potencial pareja y, al mismo tiempo, minimizar las de los rivales que amenazan las probabilidades propias de acceder al emparejamiento. Buss planteó también, en un estudio realizado en estudiantes universitarios, que existen “83 formas [agrupadas en 28 categorías] en que hombres y mujeres descalifican o desacreditan un miembro de su propio sexo para que parezca menos atractivo para el otro sexo” (1996, p. 166). En este sentido, son importantes las tácticas de lucha intrasexual, “al igual que las de atracción, puesto que se enfocan en los mecanismos psicológicos que bloquean o realzan ciertas cualidades valiosas en posibles parejas, como es el caso de los recursos o la apariencia física” (Barrera, 2014, p. 18).

En relación con la elección y las posibilidades de ser elegido, es pertinente resaltar la importancia de exhibir la posibilidad de ofrecer recursos. La exhibición de recursos dentro de las conductas de emparejamiento, ha sido descrita desde mucho tiempo atrás:

Ovidio observó el mismo fenómeno hace dos mil años. Lo que demuestra la antigüedad de la naturaleza de esta táctica en la historia humana escrita: «las chicas alaban un poema, pero se inclinan por regalos caros. Cualquier zoquete ignorante atrae su atención si es rico. Hoy nos hallamos realmente en la Edad de Oro: el oro compra el honor, el oro procura amor». Seguimos viviendo en la edad de oro. (Buss, 1996, p. 169)

En los primates una alta dominancia es un indicador que favorece el aumento de la descendencia potencial, esto quiere decir que se tiene una alta probabilidad de tener hijos, más no de ser exitoso en la conformación de pareja (Lee y Oliver, citado en Peláez, 1985). En macacos rhesus (*Macaca mulatta*), por ejemplo, las hembras privilegian la capacidad que los machos tengan de formar coaliciones, es decir, alianzas entre los compañeros del grupo. Entre tanto, los machos se fijan en que las hembras posean un éxito reproductivo al momento de tener las crías: que tengan características que supongan una mortandad infantil muy baja.

Atractivo físico

En el *Homo sapiens*, ambos sexos valoran el atractivo físico, sin embargo, lo hacen de forma diferente. Es decir, al momento de elegir, hombres y mujeres valoran como atractivas características diferentes. Las mujeres son consideradas más atractivas por los varones cuando poseen atributos relacionados con la fertilidad y la juventud, mientras que los hombres son más atractivos si presentan características de dominancia, fuerza y estatus social. “Debido a las muchas señales que transmite la apariencia física femenina, y a que las normas masculinas de belleza han evolucionado para coincidir con ellas, los varones tienen muy en cuenta la apariencia física y el grado de atractivo en sus preferencias de pareja” (Buss, 1996, p. 103).

Las personas físicamente atractivas son consideradas como persuasivas, con más posibilidades de ser elegidas como parejas para tener una cita y mejores habilidades sociales frente a las personas consideradas como menos atractivas. Las primeras tienen más apoyo social y son más eficaces a la hora de emitir señales no verbales. Son más deseables y exitosas, y son percibidas como más competentes y menos vulnerables a presentar enfermedades mentales y físicas.

Existe una diferencia entre la valoración que hombres y mujeres hacen sobre el atractivo físico. Buss (1996) demostró que los hombres valoran el atractivo físico en mayor medida que las mujeres. Además, dice que

Estas diferencias sexuales no se limitan (...) a las culturas occidentales. Los hombres de las 37 culturas del estudio internacional sobre la elección de pareja, con independencia del país, el hábitat, el sistema de matrimonio o las condiciones de vida, valoran la apariencia física más que las mujeres. (Buss, 1996, p. 104)

Valdez, González-Arratia, Arce y López (2007) citando a Buss (2004), propusieron que, desde la postura de la psicología evolutiva, los humanos buscan y seleccionan pareja teniendo en cuenta las perspectivas y necesidades propias de cada sexo. Los hombres prefieren estar con una mujer por su atractivo, apariencia y belleza física, su estado de salud y su capacidad de reproducción. Las mujeres se sienten inclinadas a elegir un hombre que tenga interés en destinar sus recursos en ella y en los posibles hijos, es decir, prefieren la garantía de tener un proveedor tanto en el futuro inmediato como en el lejano. Las mujeres solo buscan un hombre físicamente atractivo cuando se trata de tener una relación pasajera.

Buss (1996) expuso cómo el hecho de que los hombres concedan un alto valor a la apariencia física hace que la competencia que existe entre las mujeres para atraerlos, esté

orientada principalmente en fortalecer el atractivo físico en las dimensiones de juventud y salud. Esta situación se corrobora cuando se ve que son las mujeres las principales consumidoras de productos cosméticos encaminados a mejorar su atractivo físico, ocultando imperfecciones o resaltando rasgos que acentúan su belleza (en este caso exaltando rasgos de juventud, salud o fertilidad) y que dedican mucho más tiempo y esfuerzo que los hombres a embellecer su aspecto.

La apariencia física resulta ser importante porque podemos acceder a través de ella

A dos tipos de pruebas observables de la salud y juventud de una mujer; los rasgos de apariencia física (labios carnosos, piel clara y sin imperfecciones, ojos brillantes, pelo lustroso y buen tono muscular) y rasgos de conducta (vitalidad, paso joven, expresión facial animada y elevado nivel de energía). (Buss, 1996, p. 96)

En el momento de detallar las revistas femeninas, se muestran con mucha mayor frecuencia que en las revistas dirigidas a hombres anuncios de productos de belleza; mientras que, al echar un vistazo a las masculinas, aparecen más anuncios de automóviles, equipos de música y bebidas alcohólicas, y cuando ellos se proponen mejorar la apariencia física, usualmente suelen cambiarla mediante el desarrollo muscular, la asistencia al gimnasio, la práctica de un deporte y no mediante la cosmética como sí lo hacen las mujeres (Barrera, 2014).

El atractivo físico ha resuelto, entonces, problemas adaptativos a lo largo de la historia evolutiva del *Homo Sapiens*. El hombre considera muy atractivo en una mujer la salud y la fertilidad, ya que esto facilita y garantiza en cierta medida la salud y desarrollo de una futura cría. Es decir, en términos evolutivos, la fertilidad y la salud tiene claros

indicadores en la mujer. El tamaño de las caderas y la relación que tiene con el tamaño de la cintura es un poderoso indicador de fertilidad.

En función de la relación entre el tamaño de la cintura y la cadera “a lo largo de los años, se han revisado numerosas evidencias que sugieren una íntima relación entre el índice cintura-cadera y la salud y el potencial reproductivo de las mujeres” (Urquiza & Dickinson, 2007). Un estudio realizado por Ramírez (2015) planteó que “en mujeres, se sugiere que una figura con un índice cintura-cadera de 0.7 corresponde a una distribución de grasa óptima indicando mayor fertilidad y es más atractiva hacia los hombres” (Ramírez, 2015, p. 1).

La proporción entre cintura y cadera de las mujeres se considera atractiva en todas las culturas estudiadas por Buss, ya que no importa en realidad qué tan delgadas o no sean ellas, y cómo sea considerado el peso culturalmente como indicador de belleza, ya que esta variación se relaciona con la posición social que la constitución expresa, con relación a la posibilidad de acceder a los alimentos. La fertilidad es común a las culturas como un poderoso indicador de belleza. En ese mismo sentido comunidades ancestrales de cazadores-recolectores, con unos mayores índices de fertilidad hacen mucho más eficiente la gestación: se puede concebir un niño con un menor número de intentos.

Además de ser seleccionado por su valor reproductivo, el atractivo físico —como ya se ha expuesto— tiene consecuencias en la posición social. Buss (1996) planteó que “los hombres buscan mujeres atractivas como parejas no sólo por su valor reproductivo, sino también como señales de posición social para los competidores del mismo sexo y para otras posibles [parejas]” (Buss, 1996, p. 105). Esto podría explicar por qué parejas disfuncionales no se separan sin importar que tan grande sea la disfuncionalidad. Por lo general, lo que se hace es postergar la separación en aras del estatus que pueda representar la pareja.

En conclusión,

Salir con alguien físicamente atractivo incrementa de forma notable la posición social masculina y sólo ligeramente la femenina. Por el contrario, un hombre que sale con una mujer poco atractiva experimenta un moderado descenso de posición social y reputación, en tanto que el descenso en la mujer es insignificante. (Buss, 1996, p. 106)

Esto estaría asociado el status social del hombre: un concepto poco trabajado por la psicología evolucionista que puede tener repercusiones en todo el comportamiento social de los machos.

La belleza es entonces un aspecto a considerar con suficiente importancia en los estudios sobre emparejamiento, ya que tiene un valor social fundamental más allá de sus indicadores de fertilidad o salud.

Disponibilidad sexual

La disponibilidad sexual da claras señales a una potencial pareja de que se está dispuesto a acceder al emparejamiento. En un estudio realizado por Buss (1996) se evaluaron 103 tácticas femeninas para atraer a una pareja. Dentro de las más efectivas se eligieron acciones como frotar el pecho o la pelvis contra un varón, mirarlo de manera coqueta, echarle los brazos al cuello, pasarle los dedos por el cuello, fruncir los labios y mandarle besos, chuparse un dedo, inclinarse hacia delante para mostrar el pecho y doblarse por la cintura para acentuar las curvas ante él. Otra táctica muy eficaz para una mujer que busca una relación a corto plazo, es el llegar a volver sexy su aspecto: al sexualizar su apariencia y conducta, la mujer consigue que los hombres le vean como objeto de deseo y por tanto le hagan proposiciones de manera más frecuente y con mayor facilidad.

Otro recurso importante en el cortejo para indicar disponibilidad sexual es el contacto visual inicial, que también demuestra ser una táctica muy eficaz en la atracción de un potencial compañero sexual ocasional, mientras que es considerada sólo moderadamente eficaz cuando se trata de atraer a un compañero estable.

Al mismo tiempo que las mujeres comunican disponibilidad sexual como táctica, critican la disponibilidad de otras mujeres como medio para desacreditarlas y demeritar su deseabilidad. Indicar disponibilidad sexual es la forma más eficaz de seleccionar y atraer a un hombre como compañero ocasional.

Como los hombres emplean estrategias similares en los contextos inter e intrasexual, determinan en la última fase, con más información a su alcance, si quieren a la mujer como compañera a largo o a corto plazo. Las mujeres suelen tener más que perder si cometen errores de estrategia sexual, dado que no establecerían un vínculo a largo plazo y desperdiciarían los limitados óvulos en su vida reproductiva.

La mayor parte de los hombres desea obtener, básicamente, un beneficio de las relaciones ocasionales o a corto plazo: tener relaciones sexuales con mujeres atractivas (Buss citado en Barrera, 2014). Es por esto que, al iniciar una proposición sexual, indicar disponibilidad sexual es una poderosa táctica que usan las mujeres, exigiendo que el varón que les corteja sea atractivo físicamente y/o posea considerables recursos.

La disponibilidad sexual le dice a una potencial pareja que puede darse el emparejamiento y es especialmente útil en las relaciones a corto plazo, ya que, por lo general, los indicadores de disponibilidad sexual se exhiben de entrada; la disponibilidad sexual no es tan funcional en relaciones a largo plazo ya que el indicador que se transmite al exhibir la disponibilidad sexual sería de promiscuidad.

Exclusividad sexual

Es un rasgo fundamental con un poderoso mensaje ya que indica a la mujer, por ejemplo, que no corre el riesgo (o que este se minimiza) de que su pareja no invierta los recursos destinados para la crianza de un hijo en común en otro niño producto de una relación posterior. Es decir, la exclusividad sexual resuelve el problema adaptativo de la crianza conjunta. La mujer invierte una gran cantidad de recursos: esta es quien carga la cría en su vientre por nueve meses. Esto, además, supone una gran carga metabólica para su organismo, la priva de acceder a otras posibilidades de emparejarse y tras el parto es la ella quien se encarga de la lactancia. Todo esto indica que la inversión entre hombres y mujeres es inmensamente asimétrica en relación con la fecundación y la gestación.

El aporte del hombre es en sentido estricto un espermatozoide que fecundará el óvulo femenino. Después de esto, es elección del hombre el nivel de participación que tenga en el resto del proceso. Sin embargo, la selección natural se ha encargado (por las preferencias femeninas) de seleccionar en mayor medida a los varones que exhiben indicadores relacionados con la exclusividad sexual.

De lo anterior se desprende entonces que las mujeres prefieran —y que hayan preferido— emparejarse con los hombres que exhiben —y que hayan exhibido— rasgos que demostraran que estaban dispuestos a mantener una relación monógama, ya que esto garantizaría a la mujer, en cierta medida, que la crianza sería conjunta. Una mayor participación del hombre en la crianza y el acompañamiento en la gestación, disminuye considerablemente la carga que la mujer tiene en el proceso gestatorio. Con el pasar de las generaciones “la evolución favoreció a las mujeres que fueron muy selectivas con respecto a sus parejas. El coste de no ser discriminatorias era muy elevado: un menor éxito reproductor y un número menor de hijos que alcanzaba la edad reproductora” (Buss, 1996. p 47).

Las manifestaciones de amor, compromiso y devoción por parte del hombre, son muy interesantes para la mujer, indicando con ello que él está dispuesto a canalizar su tiempo, energía y esfuerzo hacia la relación que se genera por periodos largos de tiempo (Buss, 1996).

El hecho de revelar que se está comprometido es difícil y costoso de fingir, porque el compromiso se mide por señales repetidas a lo largo de un periodo de tiempo. El hombre a quien sólo le interesan las relaciones sexuales ocasionales no tiende a invertir tanto esfuerzo en mostrar a posibles parejas señales que denotan fidelidad, exclusividad e interés netamente en la pareja. “La fiabilidad de la manifestación de compromiso como señal, la convierte en una técnica muy eficaz para atraer a las mujeres esencialmente, dado que ellas buscan potenciales parejas que inviertan sus recursos en las necesidades que tengan” (Barrera, 2014, p. 24).

El que un hombre hable sobre matrimonio a potenciales parejas, es un indicador de que desea integrar a la mujer en sus círculos sociales y en su vida familiar, comprometer sus recursos en ella y también en muchas ocasiones, tener hijos con ella (Barrera, 2014). El llegar a demostrar un profundo interés por sus problemas y aspectos propios de la vida de la pareja, transmite un considerable apoyo emocional y el compromiso de estar ahí cuando sea pertinente.

Las manifestaciones de cortesía y amabilidad, que también indican compromiso, se destacan al usar técnicas de atracción con la pareja que se corteja. Los hombres que demuestran comprensión ante los problemas de una mujer, sensibilidad ante sus necesidades, que actúan de forma comprensiva con respecto a ella y que realizan acciones útiles, consiguen atraerla como pareja a largo plazo. El demostrar amabilidad funciona porque indica que el hombre se preocupa por la mujer, que va a estar disponible cuando ella lo

necesite y que va a canalizar sus recursos hacia ella: indica interés romántico a largo plazo en vez de interés sexual ocasional, a lo que las mujeres le dan un cuantioso valor.

Al buscar relaciones ocasionales o solamente relaciones sexuales, las tácticas que apuntan a este dominio, no son las más efectivas.

Capítulo 4

Estrategias y conductas de atracción

Las chicas alaban un poema, pero se inclinan por regalos caros. Cualquier zoquete ignorante atrae su atención si es rico. Hoy nos hallamos realmente en la

Edad de Oro: el oro compra el honor, el oro procura amor.

(Ovidio, *El arte de amar*, 2009, p. 117)

Las estrategias de atracción están estrechamente relacionadas con las características que se prefieren en una potencial pareja, ya que la exhibición de ciertos comportamientos o rasgos implica de entrada un mecanismo que busca generar en el sujeto blanco de dichas estrategias, la disponibilidad y el acceso al emparejamiento a corto, mediano o largo plazo. Podría decirse que elección y atracción son complementarias cuando de emparejamiento se habla. En relación con la atracción, Buss (1996), utilizó una analogía que es realmente pertinente en este punto: “Igual que el pescador utiliza el anzuelo que más se asemeja al alimento adecuado a las preferencias evolutivas del pez, el competidor que triunfa emplea las tácticas psicológicas más adecuadas a los deseos evolutivos del otro sexo” (p. 162). En este sentido, lo que se busca es que una potencial pareja se sienta atraída por la exhibición de ciertas características.

Las tácticas de atracción de una potencial pareja dependerán, como ya se mencionó, en cierta medida del tiempo que se pretenda invertir en la relación: “en un emparejamiento a largo plazo, hombres y mujeres prefieren un cortejo prolongado, proceso que permite evaluar

la naturaleza y magnitud de las bazas que posee la otra persona y los costes que supone” (Buss, 1996. p 164), mientras que en las relaciones a corto plazo las evaluaciones son más especulativas y tendientes al error. Las estrategias para la atracción estarán basadas, entonces, en la forma en la que se exhiben los recursos deseables en el tiempo.

Teniendo en cuenta que el emparejamiento no se da en un contexto vacío, sino dentro de un contexto social, los mecanismos usados tienen que contar con la presencia de varios individuos compitiendo por las parejas más deseadas.

El hecho de elegir una pareja no asegura, en lo absoluto, que dicha pareja quiera acceder a sostener una relación con el individuo que hizo la elección. Por esto, los mecanismos de atracción de pareja son de amplio espectro, desde los más básicos y compartidos por la mayoría de animales, hasta el más elaborado y único en todo el reino *Animalia*: la descalificación verbal de los competidores (Buss, 1996 p. 163).

Los machos prefieren ciertas características en la mujer, como ya se mostró en el capítulo anterior sobre la elección de una potencial pareja, y las mujeres prefieren otras características en los hombres. Las estrategias para atraer una pareja basan su efectividad en la capacidad que tienen de aumentar el número de probabilidades de acceder al emparejamiento, en relación con el contexto donde se expresan. Buss agrupa en cinco dominios las conductas y estrategias de atracción en el *Homo sapiens*.

Exhibir recursos

La exhibición de recursos es una estrategia fundamental, principalmente del hombre, para atraer a una mujer. La parte más observable de esta estrategia es la exhibición de recursos tangibles. Esta estrategia cumple una doble función: por un lado, demuestra que se

dispone de los recursos para una relación o una cría en el futuro; y, por el otro lado demuestra la funcionalidad de la adquisición (o por lo menos exhibición exitosa) de recursos da una ventaja en relación con los competidores de la especie.

El correcaminos común (*Geococcyx californianus*), por ejemplo, ofrece un ratón muerto a la hembra. Sin embargo, el ofrecimiento no está al alcance de la hembra realmente “sólo después de aparearse da el regalo a la hembra, que lo emplea para nutrir los huevos que el macho acaba de fecundar” (Buss, 1996. p 165). Al igual que la analogía presentada en el primer párrafo de este capítulo, el correcaminos usa un anzuelo para atraer a la hembra, esta se acerca sintiéndose atraída por lo que considera un beneficio para sí misma, en este caso una fuente fácil de alimento. No obstante, es el macho quien logra el mayor objetivo (visto desde la mirada de la evolución) al tener acceso al emparejamiento y poder transmitir sus genes a la cría.

En el *Homo sapiens*, la exhibición de recursos cumple con un fin similar al que pretende llegar el correcaminos, los recursos envían un fuerte mensaje de seguridad y estabilidad futura, facilitando el acceso a recursos que permiten suplir desde las necesidades básicas hasta otras que juegan un importante papel en el posicionamiento y el estatus que representan los recursos propios o de pareja en entornos particulares.

Además, la forma en la que se exhiben los recursos tiene una gran influencia en el tipo de pareja potencial que se pretende atraer. Buss planteó que “la exhibición inmediata de riqueza (...) demuestra mayor eficacia para atraer a compañeras ocasionales que estables” (Buss, 1996, p. 167). El acceso y disposición a compartir los recursos siempre serán atractivos para las potenciales parejas, la forma en la que se exhiben tendrá mayor o menor éxito en relación con el tipo de pareja con quien se pretenda realizar el emparejamiento en función del tiempo.

La descalificación verbal de los competidores entra a jugar un papel destacado, ya que cabe recordar que no solo se trata de atraer a una potencial pareja (selección intersexual), sino también implica ser elegido sobre los demás individuos o posibles candidatos para el emparejamiento (lucha intrasexual). Es común escuchar hombres divulgando rumores o haciendo comentarios sobre los pocos recursos económicos o el bajo status social de otro hombre, ya que esta característica es fundamental para las mujeres. Por el contrario, es poco frecuente escuchar comentarios o rumores hechos de un hombre sobre otro macho sobre su poca belleza física o castidad, ya que estas características no son primordiales para que una mujer se empareje con un hombre.

La exhibición de recursos es, además, un indicador del estatus social que posee un individuo. Es decir, el acceso a ciertos recursos en el medio dará cuenta a las potenciales parejas del poder y la influencia que tiene el individuo sobre un nicho particular. El siguiente ejemplo lo ilustra bastante bien:

Un hombre sirionó, pueblo del este de Bolivia, sufrió una pérdida de prestigio en el grupo porque no tenía éxito en la caza, lo cual llevó a que varias esposas lo abandonaran por mejores cazadores. El antropólogo A. R. Holmberg comenzó a cazar con él, le regaló sus presas, diciendo a los demás que era el hombre quien las había cazado y le enseñó a cazar con escopeta. Al final, como resultado del incremento de su habilidad para la caza, el hombre gozaba de la máxima posición social, había conseguido varias compañeras sexuales nuevas e insultaba a los demás, en vez de que éstos le insultaran. (Buss, 1996, p. 168)

El estatus es tan poderoso que puede opacar algunos aspectos que también son considerados como relevantes dentro del emparejamiento. En el capítulo anterior se expuso un ejemplo sobre dos hombres que llegaban a una discoteca, uno de ellos atlético, llega en un auto deportivo y entra fácilmente; el otro obeso, con acné, llega en un taxi y hace la fila para

poder entrar. Dentro del ejemplo, es claro para el grueso de la población que la mayoría de las mujeres optarían por elegir como potencial pareja al hombre del deportivo. Ahora piense en una situación similar, pero con dos hombres con un atractivo muy similar. Sin embargo, uno de ellos entra sin ningún problema, además al llegar a la puerta, el guardia le dice (mientras le abre) “Buenas noches, don Diego, ¿cómo le va?” y entra como si fuera el dueño del lugar. El otro hombre por otro lado hace la fila para el ingreso como las otras personas. En este ejemplo, las condiciones de los sujetos son las mismas a excepción de la forma en la que ingresan. En este caso, el estatus que genera el poder entrar a la discoteca de esa forma compensa en algunos casos los recursos que no exhibe de forma directa, aumentando las probabilidades que tiene el sujeto para emparejarse. Vemos, entonces, que el estatus juega un papel muy importante dentro del emparejamiento.

Mostrar intención de compromiso

El manifestar compromiso es otra estrategia sumamente atractiva para las mujeres. Estas no solo buscan un hombre con disponibilidad de recursos (económicos, tiempo, emociones, entre otros) sino con la disposición de compartirlos con ella y sus posibles crías, ya que de nada sirve para fines adaptativos fijarse en una pareja con recursos si no está dispuesta a compartirlos en función de la misma pareja y las crías.

La manifestación de compromiso puede evidenciarse de diferentes maneras. Algunas pueden identificarse en: fidelidad, muestras de cariño, regalos, amabilidad y comprensión de los problemas femeninos. Todo esto apunta a un hombre con disposición de compartir recursos y establecer una relación a largo plazo.

La disposición al compromiso es un fuerte indicador, ya que solo se puede dar cuenta de esta en largos periodos de tiempo y “el hombre a quien sólo le interesan las relaciones sexuales ocasionales no tiende a invertir tanto esfuerzo. La fiabilidad de la manifestación de compromiso como señal la convierte en una técnica muy eficaz para atraer a las mujeres” (Buss, 1996, p 169). En los estudios realizados por Buss, el 100% de las parejas casadas afirman que su pareja solía hacer demostraciones de compromiso con frecuencia (pasar mucho tiempo con la pareja, verla más que a otras mujeres, salir con ella durante un periodo prolongado de tiempo, llamarla por teléfono con frecuencia y escribirle muchas cartas) con una eficacia media de “5,48 puntos en una escala de 7, pero sólo moderadamente eficaces (4,54) al cortejar a una compañera sexual ocasional” (Buss, 1996, p. 169).

Probablemente, y según lo planteó Buss, los indicadores de compromiso aumentan las probabilidades de asegurar una relación duradera, ya que en cierta medida implican un compromiso social al renunciar a otras posibles parejas, al demostrar interés por la potencial pareja y al ser persistente en el cortejo. Esto también da cuenta de la importancia que tiene el estatus social respecto al acceso y al mantenimiento de una potencial pareja en relación con los recursos, en este caso, viendo el compromiso como un recurso. En conclusión, tenemos que:

Las señales de compromiso ayudan a un hombre a atraer a una mujer porque indican que persigue una estrategia sexual a largo plazo, que los recursos de que dispone se van a canalizar exclusivamente hacia ella y que esta va a conseguir mayores beneficios a largo plazo a cambio de sus propias [inversiones]. (Buss, 1996, p. 176)

Exhibir recursos físicos

Exhibir recursos físicos por parte del hombre, es una estrategia ampliamente mostrada en el contexto masculino, pero tiene una característica especial: cumple una función más esencial en la lucha intrasexual de los machos, que en la consecución de una mujer a largo plazo (aunque muy efectiva en relaciones a corto plazo).

En la mayoría de animales, el status está dado por los dotes físicos del individuo: esto procura que un macho, con mayor tamaño y fuerza, pueda lograr un más alto nivel en la escala social y, por ende, mejor acceso a los recursos del grupo (característica privilegiada por las hembras). Para exhibir recursos físicos también se han generado mecanismos para acentuar el dimorfismo sexual, y así exhibir esas cualidades físicas que permitan atraer a los individuos del sexo opuesto: en las mujeres el contoneo de las caderas y en los hombres el ensanchamiento de los hombros (Discovery, 2009).

Estudios realizados por Buss (1996), demostraron que “los hombres, como parte de sus tácticas de cortejo, exhiben su fuerza el doble que las mujeres y sus habilidades atléticas con un 50 por 100 más de frecuencia que ellas” (p. 176). Esto puede dar cuenta de las elecciones que hacen los sexos con relación a la atracción de una potencial pareja y da cuenta, al mismo tiempo, de cómo las preferencias de uno de los sexos por el otro, comienza moldear, con ayuda de la selección natural, los cuerpos, preferencias y conductas de emparejamiento en machos y hembras de los *Homo sapiens*. “En resumen, exhibir cualidades físicas y atléticas sigue constituyendo una poderosa fuente de atracción tanto en las sociedades tradicionales como en las culturas occidentales modernas.” (Buss, 1996, p. 177).

De igual manera, Platón había hablado de una “proporción áurea” en el cuerpo femenino, detallando una proporción en la cual el tamaño de la cintura sea el 70% del tamaño de la cadera⁵. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, la elección de pareja se realiza por índices (entre otros) de fertilidad. Esta proporción de cadera y cintura, es acentuada por las mujeres por el maquillaje, el ejercicio, cirugías y ciertas prendas para enviar mensajes de fertilidad y atraer a parejas potenciales. La atracción, en relación con indicadores de fertilidad, se mantiene por su éxito a lo largo de la historia evolutiva de la especie. No obstante, así como en los hombres la exhibición de recursos no es garantía de que en realidad los posea, o de tener la disposición a invertirlos en la pareja o futura cría, ocurre algo similar con la fertilidad: una mujer no siempre puede sustentar lo que es acentuado por el ejercicio o su ropa.

Los índices de fertilidad no siempre coinciden con los indicadores exhibidos, la apuesta se hace por la memoria evolutiva de nuestra especie, en relación con los emparejamientos exitosos que dan cuenta del éxito y que se mantienen por selección natural.

Alardear y mostrar seguridad en uno mismo

Alardear y mostrar seguridad en uno mismo, es una estrategia que evidencia la posesión de recursos y el prestigio, “la seguridad en uno mismo indica que se poseen prestigio y recursos” (Buss, 1996, p. 178). Esto indica que la autoestima juega un papel fundamental al momento de alardear recursos a una potencial pareja. De hecho, “estudios han demostrado que los hombres de elevada autoestima tienden a abordar a mujeres físicamente atractivas y a pedirles una cita, con independencia de su propio atractivo físico”

⁵ Tratado en el capítulo 3, apartado “Atractivo físico”.

(Buss, 1996. p 179) y, si bien hay una prevalencia de la seguridad utilizada para emparejamientos sexuales temporales, ocasionalmente las relaciones pueden representar emparejamientos a largo plazo aumentando la probabilidad de engendrar hijos que atraigan de forma más eficaz a las mujeres. Cabe resaltar, además, que esta táctica de atracción no siempre está dirigida a atraer el sexo opuesto, sino también a cumplir una función en la lucha intrasexual y puede ser de fácil manipulación por los competidores para hacer una descalificación.

Como ya se mencionó en capítulos anteriores, muchas de las tácticas de emparejamiento (para ser elegidos, para atraer o ser atraídos o las de mantenimiento de una pareja) son susceptibles de simulaciones. Hombres y mujeres (aunque en este caso en mayor medida hombres) simulan tener seguridad en la ausencia de la misma por el alto valor que el sexo opuesto le da a esta característica.

Mejorar la apariencia física

Todas las mujeres de la actualidad son ganadoras únicas y distintas del concurso de belleza que la selección sexual llevó a cabo durante los cinco millones de años del pleistoceno. (Buss, 1996, p. 187)

La belleza en la mujer es un buen indicador de salud y fertilidad y, por ende, una característica primordial de lo que busca un hombre. Por tal razón, las hembras de la especie han aprendido a mejorar su apariencia física y se convirtieron en expertas en hacerlo. No es ninguna casualidad que las empresas de cosméticos como L'oreal o Colgate-Palmolive

generan miles de millones de dólares al año en ventas de productos femeninos que realzan características de belleza. Además, “las mujeres universitarias como las recién casadas afirman, en una proporción de veinte a uno con respecto a los hombres, que usan maquillaje para mejorar su aspecto, y aprenden a aplicarse cosméticos diez veces más que los hombres” (Buss, 1996, p. 183).

En términos generales, los productos cosméticos femeninos acentúan, crean o recrean características que dan cuenta de salud y juventud. Esto, a su vez, es un indicador de fertilidad y aptitudes óptimas para engendrar y criar un hijo⁶. Las mujeres acentúan rasgos simples como los zapatos de tacón que las hace parecer más altas y delgadas, broncearse para lucir más morenas, tinturarse el pelo para parecer más jóvenes o pintarse las uñas, así “como [también] las mejillas [sonrojadas] (...) [, estas] son indicadores que permiten a los hombres evaluar la salud femenina, las mujeres [entonces] se aplican colorete para atraer su atención” (Buss 1996. p 182).

Las mujeres pueden simular rasgos mucho más complejos como la proporción entre la cadera y cintura, unas lo consiguen realizando dietas —el doble de veces que los hombres (Buss,1996)— y las cirugías estéticas actuales permiten a las mujeres en pocos meses mostrar indicadores de fertilidad poderosos que no les fueron heredados de sus padres. Esta práctica, sin embargo, no es un asunto que le competa solamente a las cirugías estéticas: los corsés, por ejemplo, aparecieron en la cultura occidental entre los siglos XVI y XVII (Suárez, 2007). Estos, además de dar cuenta de una alta posición social, acentúan de forma muy marcada la proporción entre cadera y cintura de las mujeres, al reducir la silueta por la presión ejercida en el torso; esto a su vez resalta las curvas, marcando el busto y la cadera. Si bien la anterior

⁶ Recuerde que las relaciones actuales no buscan necesariamente una cría. Sin embargo, las estrategias evolucionan en relación a este fin y en términos evolutivos usamos lo que tenemos.

descripción parece tomada de un artículo de una revista de modas, cada de una de las características mencionadas da cuenta de rasgos puntuales valorados por los hombres para el emparejamiento en términos de fertilidad, juventud y salud.

Las mujeres también combinan esta estrategia de mejoramiento de su apariencia física con amabilidad, cordialidad, demostrar lealtad y mostrar intereses en común. La amabilidad femenina es ampliamente confundida por los hombres como coquetería, pero esto respondería a una necesidad de no desperdiciar ninguna oportunidad de reproducción por parte de los machos: si un hombre toma la amabilidad como coqueteo y falla, no pierde nada; si acierta, gana una posibilidad de reproducción (Discovery, 2009). Por tal razón, la amabilidad femenina y la coquetería, más que el mejoramiento de la apariencia, se convierten en estrategias de atracción de pareja a largo plazo.

Los hombres no están exentos de las conductas que mejoran su apariencia física. Sin embargo, lo que acentúan en mayor medida son rasgos que demuestran fuerza y dominancia en relación con los otros machos de la especie. Actualmente, se ha vuelto más común ver a los hombres yendo al gimnasio, inyectándose esteroides o consumiendo suplementos anabólicos para mejorar su apariencia y exhibir fuerza (que podrían no tener) y que no heredaron naturalmente. Tenemos entonces que, así como las mujeres son las principales consumidoras de productos cosméticos, los hombres son quienes consumen en mayor medida productos del mejoramiento físico que les permiten ganar masa muscular (Buss, 1996). No obstante, “las mejoras de la apariencia física concebidas para atraer a una pareja son el doble de eficaces para las mujeres que para los hombres” (Buss, 1996. p 183) debido a la valoración que los hombres, en mayor medida que las mujeres, dan a la apariencia física del sexo opuesto.

Dentro de la lucha intrasexual en hombres y en mujeres no solo se trata de comprender y tomar ventaja del medio y del contexto para elegir, ser elegidos, atraer o seleccionar una potencial pareja,

Por eso, hombres y mujeres no se limitan a incrementar su atractivo, sino que también desacreditan a sus rivales. Al mismo tiempo que parecen atractivos porque exhiben las características que busca el sexo contrario, descalifican a sus rivales haciendo que parezca que carecen de dichas características. (Buss, 1996, p. 198)

Capítulo 5

Mantenerse juntos y ¿felices por siempre?

Las tácticas para conservar una pareja son variadas y es pertinente analizarlas partiendo de que mantener una pareja es un problema adaptativo que nuestra especie ha estado resolviendo mediante diferentes estrategias. Por ende, si entramos en el terreno de las relaciones a largo plazo, surgen una serie de preguntas, tal vez no muy frecuentes, pero sí muy representativas e ilustrativas desde la perspectiva evolucionista. Al comparar al *Homo sapiens* con otras especies, en lo relacionado con sus conductas y estrategias de emparejamiento, surgen preguntas como: ¿son necesarias las relaciones a largo plazo entre los individuos de la especie? ¿Vale la pena (en un sentido evolutivo y referido a la adaptación) que el hombre permanezca con la hembra durante la crianza? ¿Qué ventajas y desventajas trae una crianza compartida? ¿Cuál es la función de los celos? ¿Por qué se terminan las relaciones? ¿Qué ventajas y desventajas tiene cambiar de pareja frente a sostener la misma? ¿Qué factores influyen en el cambio de pareja?, entre otras. Este capítulo presenta, de forma general, algunas de respuestas a estas preguntas, según expuso Buss (1996).

En principio, es necesario exponer algunos atributos relacionados con la monogamia. En los mamíferos, esta resulta ser más adaptativa y práctica para la crianza de los neonatos. La madre, quien es la que amamanta a la cría, es generalmente la encargada de la crianza y, por esto, busca un macho que pueda proveer recursos para sí mismo, para ella (la hembra) y para su cría. En los mamíferos, entre el 3% y el 5% practican la monogamia social, pero la monogamia sexual (exclusividad sexual) es mucho menos frecuente (Gabbatiss, 2016). Por ello, las especies encuentran tácticas para mantener sus parejas por el mayor tiempo posible.

El proceso de elección y atracción de pareja, supone un gasto de recursos (económicos, físicos y emocionales) además de tiempo de ambos individuos (cuando el fin del emparejamiento es al largo plazo) que resultaría una pérdida si no se generan estrategias para sostener dicho emparejamiento. Mantener una relación estable otorga beneficios como la división del trabajo, la crianza de las crías en compañía y el compartir los recursos. Pero este mantenimiento no es algo fácil, ni la separación algo imposible (Buss, 1996).

Por esta razón, la generación de estrategias (o más bien, la adquisición de las mismas mediante la selección sexual) es algo necesario para que el gasto energético y de recursos en el emparejamiento no sean infructuosos. “Entre las muchas tácticas posibles se hallan: alejar físicamente a la pareja de una zona llena de competidores, ocultar las señales atractivas que emite la pareja y reducir la evidencia de las exhibiciones durante el cortejo” (Buss, 1996, p. 202). A partir de lo anterior se puede decir, entonces, que el *Homo sapiens* recurre a unas tácticas elaboradas para mantener a su pareja. Buss (1996) agrupa estas tácticas, que están estrechamente relacionadas entre sí, en celos sexuales, satisfacer los deseos de la pareja, mantener los rivales a raya y medidas destructivas.

Celos sexuales

Celar a la pareja es una de las más recurrentes tácticas del *Homo sapiens*. La incertidumbre de la paternidad es una constante en los machos de todas las especies. Esto lo tenían muy presentes los antiguos romanos, los cuales tenían una frase popular hasta nuestros días: *mater semper certa est, pater numquam* —la madre siempre es cierta, el padre nunca— (Simone Dizionari, 2017). Esto genera un problema para los machos que deben procurar que las crías sí sean suyas y no de un competidor y “el hecho de que el hombre invierta mucho en

sus hijos proporciona sólidas pruebas circunstanciales de que nuestros antepasados desarrollaron eficaces mecanismos psicológicos para resolver el problema de la paternidad y para disminuir la probabilidad de ser engañados” (Buss, 1996. p 205).

Buss (1996), sostuvo que dicho mecanismo son los celos. Estos implican una amenaza a las probabilidades del acceso a las relaciones sexuales con la pareja.

Por lo tanto, celar y cuidar que ningún otro macho se acerque a la hembra, es fundamental para aumentar las probabilidades de que sus genes sean los que se transmitan a las crías. No solucionar este problema evolutivo implica consecuencias reproductivas y de reputación en relación con el estatus social, generando disminución de la probabilidad de conseguir de nuevo pareja.

Los celos están ligados directamente a las características primordiales en cada sexo (recursos en hombres y castidad en mujeres) como lo subraya Buss (1996), citando a Francis (1977), cuando sostiene que los hombres celan principalmente si sus parejas tienen sexo con otro hombre, mientras que las mujeres celan enormemente que sus parejas dediquen tiempo y recursos a otras hembras competidoras.

En un estudio de las diferencias sexuales en los celos, mis colegas y yo pedimos a 511 estudiantes universitarios que compararan dos hechos desagradables: que su pareja tuviera relaciones sexuales con otro y que estableciera un fuerte vínculo emocional con otro. Al 83 por 100 de las mujeres le resultó más angustiada la infidelidad emocional del compañero, mientras que sólo el 40 por 100 de los hombres se manifestó en el mismo sentido. Al 60 por 100 de los varones le resultó más angustiada la infidelidad sexual, frente a sólo el 17 por 100 de las mujeres. (Buss, 1996, p. 208)

Sin embargo, en términos de magnitud y frecuencia, hombres y mujeres no difieren de forma significativa. Buss expuso:

En un estudio, 300 personas que eran compañeros en 150 relaciones amorosas tuvieron que valorar lo celosos que eran en general, lo celosos que eran en las relaciones de su compañero con miembros del otro sexo y el grado en que los celos suponían un problema en sus relaciones. Hombres y mujeres confesaron la misma cantidad de celos, lo que confirma que ambos sexos los experimentan y no difieren en la intensidad de sus sentimientos. (1996, pp. 206-207)

Los celos, entonces, juegan un papel importante al momento de mantener una pareja. Ese papel va en doble vía, ya que los celos pueden ser generados intencionalmente para mantener a la pareja por medio de la manipulación emocional y son mucho más eficaces al ser usados por mujeres que por hombres. No obstante, los celos no representan la única táctica efectiva usada por *Homo sapiens* y mantenida por selección natural.

Satisfacer los deseos de la pareja

En principio, satisfacer los deseos y necesidades de la pareja es muy efectivo al momento de atraer y, por consiguiente, es efectivo para mantener la pareja. En “términos evolucionistas, satisfacer las preferencias de la pareja, o proporcionarle el tipo de recursos que en un principio buscaba, debería ser un método muy eficaz de mantener la relación” (Buss, 1996. p 213). Mantener una pareja está directamente relacionado, entonces, con lo que cada sexo quiere que su pareja haga (por tanto, hablamos de acciones y por ende de conductas).

En términos prácticos, satisfacer los deseos de una mujer no estaría orientado a hacerla sentir bien, sino que estaría más relacionado con que el hombre pueda demostrar interés por ella, demostrar afecto con frecuencia y, en general, la disposición de recursos (económicos y cognitivos). Así al satisfacer estas demandas de la mujer, el hombre aumenta las probabilidades de conservarla como pareja. Un estudio realizado por Buss (1988) encontró que estas conductas “están consideradas las más eficaces que un varón puede llevar a cabo, con una puntuación de 6,23 en una escala de 7 puntos” (Buss, 1996. p 214). Por ende, cuando se pretende mantener a una mujer como pareja, no debe sorprender que se exhiban características que den cuenta de sus deseos. “Del mismo modo, como los hombres valoran el atractivo físico en su pareja, no es de extrañar que las mujeres afirmen que mejorar su aspecto es una de sus tácticas fundamentales para conservar a la pareja” (Buss, 1996. p 214).

No es raro que, en matrimonios de muchos años de casados, el hecho de que el hombre siga compartiendo los recursos y la mujer siga embelleciéndose para su esposo, sean estrategias que permitan a tales parejas permanecer juntas por muchos años. Puede decirse, entonces, que el éxito de las relaciones a largo plazo se debe, en gran medida, a la capacidad que los individuos que se emparejaron tienen de generar conductas y estrategias que demuestren interés y que satisfagan los deseos de la pareja.

Por otro lado, cuando ofrecer amabilidad, recursos, belleza o preocupación por el bienestar del otro no es suficiente, y los celos tampoco satisfacen la necesidad de conservar la pareja, se recurren a tácticas más agresivas como la manipulación emocional. Someterse o autodegradarse, son estrategias ampliamente utilizadas y, en contravía a lo pensado socialmente, “los hombres se someten a su compañera para conservarla, aproximadamente un 25 por 100 más que las mujeres” (Buss, 1996, p. 217). Hacer sentir culpable a la pareja

cuando siente atracción por otra persona y mostrar total dependencia de la pareja, son formas de manipulación emocional. Estas formas de manipulación buscan, por medio de la generación de emociones de valencia negativa en la pareja, mantener por más tiempo la relación o aumentar la atención que la pareja pone en la relación.

La manipulación emocional, cabe aclarar, no se da en términos morales. Es simplemente una estrategia que permite, no sólo mantener a la pareja, sino también evitar que inicie otra relación, lo que implicaría inversiones grandes que tienen altas posibilidades de no ser retribuidas (en relación con el mantenimiento de los propios genes) y, por tanto, una desventaja desde el punto de vista de la reproducción y, en esa misma línea, de la supervivencia de los genes del individuo en una línea de descendencia.

Mantener los rivales a raya

Cuando se conforma una nueva pareja, los dos individuos salen parcialmente del mercado de parejas. Pero, técnicamente, los competidores siguen acechando a cada miembro de la pareja, y en cierta medida, estarán, o por lo menos se mostrarán, disponibles en el mercado por una estrategia⁷ que se mencionó en el apartado anterior. El *Homo sapiens*, como muchos otros animales, es territorial. Mantener alejados a los competidores que acechan a la pareja, suscita el empleo de tácticas que hagan ver a la pareja como de su propiedad ante los competidores (disminuyendo las posibilidades de enfrentamientos directos por la pareja), estas tácticas van desde regalar joyas (señales ornamentales) hasta alardear de la pareja frente a los amigos (señales verbales), también cogerla de la mano en situaciones sociales o darle un beso en presencia de posibles competidores (señales físicas) envían

⁷ Mantener el interés de la pareja mostrándose disponible en el mercado de parejas.

mensajes que pueden persuadir a potenciales rivales de cortejar a la pareja. Al respecto, y en relación con la prevalencia de las técnicas utilizadas en ambos sexos como tácticas para conservar a la pareja, Buss presentó en un estudio realizado que

Aunque hombres y mujeres no difieren en la frecuencia de empleo de tales señales públicas, un grupo de 46 personas consideró que eran más eficaces para conservar a la pareja cuando las empleaban los hombres que cuando lo hacían las mujeres. (Buss,1996. p 219)

La vigilancia de la pareja aparece como otra táctica para descubrir una posible infidelidad o evitar que los competidores se acerquen a la pareja y, está relacionada, con la táctica de monopolizar el tiempo de la pareja, para evitar que tenga espacio para verse con una posible pareja sexual externa. De hecho, podemos suponer que “aquellos de nuestros antepasados que no se mantuvieron alertas sufrirían mayor número de abandonos y, por tanto, tendrían menos éxito reproductor” (Buss,1996, p. 219).

Sin embargo, en ocasiones las conductas de vigilancia pueden tener un efecto contrario al esperado, alejando a la pareja de la relación. El efecto de la vigilancia es, en realidad, un aspecto por considerar en relación con la intensidad de la misma. Es decir, cuando se emplean conductas de vigilancia constantes o frecuentes la pareja puede sentirse intimidada; si no se cela la pareja, puede verse como desinterés y esto posibilita que esa pareja que se quiere mantener, vuelva al mercado de pareja. No se encontraron al respecto estudios puntuales que sugieran o determinen la frecuencia o intensidad idóneas para conservar una pareja, aunque sí puede suponerse (desde la presentación de vigilancia que realiza Buss en *La evolución del deseo*, 1996) que dentro de las relaciones de pareja (como en muchos otros aspectos expuestos en esta monografía) intervienen variables sociales y culturales que dan cuenta no sólo de la vigilancia, sino también de la forma y frecuencia como debe ser administrada. Lo que da cuenta, además, de que la forma de administración es

contextual y obedece a patrones sociales y culturales. Sin embargo, la vigilancia como estrategia para mantener a la pareja está presente en el *Homo sapiens* en general.

Medidas destructivas

Cuando ninguna de las anteriores prácticas funciona, se recurre a un último mecanismo: “infligir costes en los competidores o en la propia pareja a través de la descalificación, las amenazas y la violencia” (Buss, 1996, p. 221). La violencia se convierte entonces en el último recurso funcional (no desde una perspectiva moral) de mantener a la pareja.

Dentro de estas tácticas, una de las menos dañinas es la descalificación verbal. En esta, “para disuadir a la pareja de sentirse atraída por un rival, hombres y mujeres descalifican la apariencia de aquél o su inteligencia o comienzan a hacer circular rumores sobre él” (Buss, 1996, p. 222), intentando hacer lucir a los rivales como parejas potenciales menos atractivas, o no tan buenas como sí mismo. Se trata de hacer ver al rival como un prospecto que no supla las necesidades que, desde la perspectiva del emparejamiento, son requeridas.

Cabe resaltar, además, la diferencia del uso de esta estrategia en relación con el sexo: “aproximadamente el 46 por 100 de los varones casados, [en un] estudio de conservación de la pareja [*Mate Guarding in Married Couples: A Four Year Longitudinal Study*], había amenazado a un competidor intrasexual el año anterior, frente a un 11 por 100 de las mujeres casadas” (Buss, 1996, p. 222).

Las tácticas destructivas no siempre van dirigidas en una vía de lucha intrasexual; también van dirigidas a la pareja. Las violencias física, psicológica y emocional, están

dirigidas a hacer sentir a la pareja menos deseable y que sienta que ya no sería eficaz en un mercado de parejas.

Amenazar o agredir físicamente a un competidor, practicar la ablación femenina (extirpar el clítoris) o la infibulación (coser los labios vaginales mayores) son prácticas aún usadas (según datos de la Organización Panamericana de la Salud) en ciertas culturas del norte y centro de África, de Arabia, Indonesia y Malasia, como una forma de enviar un mensaje contundente de posesión sobre la pareja.

Según Buss (1996), la principal motivación para el uso de tácticas violentas intra o intersexuales, son los celos: “No hay ninguna cultura donde los hombres no sean celosos” (Buss, 1996, p. 224), y en la misma línea de pensamiento existen, sin importar la cultura, tácticas violentas para mantener el emparejamiento.

[Estudios⁸ con los] Baiga, ponen de manifiesto casos en que el marido ha atacado a su esposa con un tronco ardiendo como castigo por flirtear con otro hombre, ejerciendo una violencia contra la mujer (...). Hay estudios sobre mujeres apaleadas de Canadá que muestran que el 55 por 100 fueron [atacadas por celos]. (Buss, 1996, p. 224)

Asimismo, cabe resaltar, según los estudios transculturales realizados por Buss (1996) y su equipo de colaboradores a nivel mundial, que los machos de la especie consideran a la pareja como parte de su propiedad y “en todas partes reaccionan ante su infidelidad como lo haría ante un robo, y a veces deja un rastro de destrucción tras de sí” (Buss, 1996, p. 225).

⁸ Estudio de Miller (1980): *Battered women: perceptions of their problems and their perception of community response*. Tesis doctoral no publicada, de la Universidad de Windsor en Ontario (Canadá).

Cambio de pareja

Las estrategias de emparejamiento están relacionadas con la forma en la que elegimos compañeros:

Hay elementos de esta conducta que desafían nuestra comprensión: hombres y mujeres eligen a veces una pareja que los maltrata física y psicológicamente; los esfuerzos para atraer a un compañero suelen fracasar; surgen conflictos en las parejas que producen espirales de culpa y desesperación; a pesar de sus buenas intenciones y promesas de amor eterno, la mitad de los matrimonios se divorcia. (Buss, 1996, p. 17)

Teniendo en cuenta el objetivo adaptativo de buscar pareja, y en relación con las dificultades inherentes a dicho proceso, Buss (1996) planteó desde su investigación que el amor con finales felices, y como el fin último de la búsqueda de una media naranja, es la excepción y no la regla. Buss (1996) halló en sus estudios que la tasa de divorcios a nivel mundial está entre el 30% y el 50%, demostrando así esa afirmación. A partir de ellos, según plantea, “el divorcio, en particular, y la disolución de las relaciones de pareja duraderas, en general, son universales” (Buss, 1996, p. 267)

En épocas ancestrales no era muy probable que un individuo se emparejara una sola vez y sostuviera esa relación hasta morir naturalmente a avanzada edad. Generalmente, los hombres morían en batallas tribales, en cazas grupales o resultaban heridos. Las mujeres morían, generalmente, en el embarazo y el parto, no en batallas ya que raramente luchaban o cazaban. Sea cual fuese el caso, el sobreviviente de la pareja tendría que comenzar de cero todo el proceso de elección y atracción de pareja, a menos que tuviera mecanismos que previeran tal posibilidad y acortaran este proceso. “La preferencia masculina por las mujeres

jóvenes y atractivas no desaparece tras los votos matrimoniales, ni tampoco la atención femenina hacia la posición y el prestigio de otros hombres.” (Buss, 1996, p. 272).

Debido a esto, el *Homo sapiens* ha generado mecanismos psicológicos que prevén la posibilidad de cambio de pareja. Seguir viendo potenciales parejas, así se esté en una relación ya establecida, no solo incluye el contemplar el abanico de posibilidades existente, sino la comparación de esas posibilidades con la actual pareja.

La evaluación de las características deseables en una pareja no termina cuando se conforma la nueva relación. En ambos sexos, estas características serán evaluadas de forma constante, incluso, en las relaciones a largo plazo. Aún más, estas mismas características son evaluadas en potenciales parejas (externas) cuando la pareja actual no sufre las necesidades que, en principio, llevaron a la elección y la atracción. El cambio de pareja es una alternativa para resolver de forma adaptativa el problema del emparejamiento (o de haber seleccionado y atraído una pareja que no cumple con las expectativas de emparejamiento) ya que “adquirir nuevas oportunidades de emparejarse, [adquirir o tener acceso a] recursos superiores, mejor cuidado de los hijos y aliados más fieles son algunos de los beneficios que se pueden conseguir al abandonar una mala relación.” (Buss, 1996, p. 268).

Existen además tres circunstancias contingentes por las que puede considerarse y realizar —en efecto— un cambio de pareja estable. Estas son:

Que la pareja se volviera menos deseable al disminuir sus capacidades o sus recursos o al dejar de suministrar los recursos relevantes, desde el punto de vista de la reproducción, que eran inherentes a la selección inicial; que alguien experimentara un incremento de recursos o de prestigio que le abriera nuevas posibilidades de emparejarse previamente

inalcanzables; y que hubiera alternativas irresistibles que antes no existían. (Buss, 1996, p. 271)

Ahora bien, hay dos aspectos fundamentales que plantean condiciones importantes también para el cambio de pareja. Uno de ellos está relacionado con la infidelidad y el otro con la fertilidad (Buss, 1996). Ambos son indicadores importantes para acceder al emparejamiento, ya que son características deseables en una potencial pareja. Cuando alguna de estos se transgrede, se puede dar cuenta de la búsqueda de una excusa para provocar la ruptura por la insatisfacción motivada por el cambio en las características deseables.

El cambio de pareja, a la luz de la evolución, es una estrategia válida que podría garantizar de forma más eficiente la obtención de recursos, salud o fertilidad en la pareja, o cualquiera de las características que se prefieren para el emparejamiento, ya que supondría una mejor elección y atracción de una potencial pareja en función de la elección previa. Estas características, por su prelación en la elección de pareja, se mantendrán en el tiempo siempre que la selección natural las favorezca en relación con la reproducción y la supervivencia exitosa de los individuos que aplican dichas estrategias en la elección, atracción y mantenimiento de ciertas características; de lo contrario dichas características y estrategias se perderían en los individuos con menor éxito reproductivo.

Capítulo 6

Conclusiones

Los estudios de la sexualidad humana, el emparejamiento o las relaciones de pareja no son recientes. Desde que la ciencia moderna existe (e incluso antes de manera menos formal), el hombre ha tratado de entender y explicar cómo se da el fenómeno del emparejamiento y si está adscrito a leyes inconscientes para los humanos.

El primer estudio de grandes proporciones en relación con la conducta sexual, fue realizado por Kinsey en los años 70. Este estudio sobre “la conducta sexual del varón, en 1948, y la conducta sexual de la mujer, en 1953” (Saavedra, 2016, p. 20) se realizó en los Estados Unidos de América, a una muestra de 6 300 hombres y 5 940 mujeres. El estudio centra sus conclusiones en las conductas homosexuales y heterosexuales de la población. Si bien el estudio no se relaciona de forma directa con la perspectiva evolucionista sobre el emparejamiento humano como antecedente, este permite que el campo de estudio sobre la sexualidad humana se amplíe.

En sentido general, existen pocos estudios dentro de la misma línea de pensamiento evolucionista relacionados con el emparejamiento, y muchos menos estudios que centren su investigación en las conductas y estrategias de emparejamiento. Al respecto, ha habido esfuerzos teóricos y empíricos en determinadas direcciones, pero en el ámbito conductual las propuestas teóricas han estado referidas sobre todo a postulados neurobiológicos como los planteados por Helen Fisher a lo largo de sus obras, dedicadas a las tendencias que intentan explicar las dinámicas sociales. Fisher intentó dar cuenta de los mecanismos que se activan al estar enamorados. Según su teoría (1992), existen tres sistemas cerebrales relacionados con

el amor que interactúan entre sí: el impulso sexual, el amor romántico y el cariño o apego tras una larga relación.

Las vías más cercanas a los modelos evolucionistas han estado ligadas a estudios abordados desde la antropología biológica de las neurociencias (Fisher, 1992). La vía de explicación desde una perspectiva evolucionista, en relación con las estrategias y conductas adquiridas por selección natural, selección sexual y centrada en un estudio empírico del emparejamiento, ha surgido de una manera sistemática y apenas recientemente con los estudios y trabajos investigativos de Buss.

Pero la teoría de Buss también ha sido criticada: Christopher Ryan y Cacilda Jethá (2012) propusieron un giro radical en relación con las propuestas que se desprenden de los postulados de la selección intersexual y la lucha intrasexual. Dijeron que no existe nada que dé cuenta de la prevalencia de características relacionadas con la dominancia, la exhibición y disposición de recursos, indicadores de fertilidad, salud o fidelidad. Ryan y Jethá (2012) argumentaron que entender las conductas de emparejamiento como una relación económica (en la que se intercambian recursos y protección por fidelidad y fertilidad), representa solo un breve periodo en la historia de la especie. También plantearon que esta relación económica es consecuencia de la agricultura, ya que con el surgimiento de esta nacen los procesos de intercambio. En oposición, proponen que antes de la explosión agrícola, las sociedades de cazadores-recolectores, en términos mucho más simples, eran promiscuos, eliminando de forma tajante la exclusividad sexual como una característica importante en el momento del emparejamiento y, por ende, descartando mucho de lo planteado por Buss en la argumentación de las conductas y estrategias de emparejamiento.

Expusieron, también, que incluso en la actualidad, algunos grupos humanos comparten la crianza de los recién nacidos entre la comunidad, y exponen que dichos grupos

tienen la creencia en que los hijos nacen como producto del semen acumulado de varios hombres: así adquieren para su cría las mejores características de muchos machos.

Todos estos otros estudios acerca de la sexualidad humana y el emparejamiento, desde perspectivas evolucionistas, han tenido enfoques desde distintas disciplinas complementarias como la antropología, sociobiología y neurología; pero desde el enfoque conductual son muy pocas las investigaciones realizadas. La teoría bussiana, descrita ampliamente en *La evolución del deseo* sigue siendo el marco teórico más grande, firme y con mayor sustentación empírica sobre las estrategias del emparejamiento humano desde una perspectiva conductual-evolucionista.

Referencias

- Acarín, N. (2001). *El cerebro del rey: Vida, sexo, conducta, envejecimiento y muerte*.
Barcelona: Pérez Galdós.
- Alvarado, R. (1966). Sistemática, taxonomía, clasificación y nomenclatura. *Coloquios de Paleontología*, 9, 3.
- Anaximander. (s.f). *Internet Encyclopedia of Philosophy*. Anaximander (610-546 A.C).
Recuperado de <http://www.iep.utm.edu/anaximan/#H8>
- Arcila, W., Arias, J., & Palechor, D. (2016). *Semejanzas y diferencias en las preferencias de hombres y mujeres al elegir una pareja según el rango de edad*. (Trabajo de grado para optar al título de psicólogos). Universidad de Antioquia. Medellín.
- Barrera, I. (2014). *Conductas verbales y no verbales asociadas con la elección de pareja en población universitaria del área metropolitana de Medellín*. (Tesis de pregrado para optar al título de psicólogo). Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.
- Bleske-Rechek, A., & Buss, D. (2006). *Sexual strategies pursued and mate attraction tactics deployed. Personality and Individual Differences*. 40(6), 1299-1311.
- Buss, D. (1988a). *The Evolution of Human Intrasexual Competition: Tactics of Mate Attraction*. *Journal of personality and social psychology*, 54(4), 616.
- Buss, D. (1991). Evolutionary personality psychology. *Annual review of psychology*, 42(1), 459-491.
- Buss, D. (1996). *La evolución del deseo*. Madrid: Alianza editorial.

Cann, R., Rickards, O., & Lum, J. (1994). *Mitochondrial DNA and human evolution: Our one*

lucky mother. In *Origins of anatomically modern humans*. Springer US.

Cosmides, L. & Tooby, J. (1997). *Psicología evolucionista: Una breve introducción*.

Recuperado de

<https://mgarciaufro.files.wordpress.com/2010/04/lectura-compl-05-contricciones-cog-ev.pdf>

Darwin, C. (1994). (1871). *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Bogotá: Panamericana.

Darwin, C. (2014). (1859). *El origen de las especies*. Madrid: Austral.

De Miguel, A., & Buss, D. (2011). *Mate Retention Tactics in Spain: Personality, Sex Differences, and Relationship Status*. *Journal of Personality*, 79(3), 563-586.

Diamond, J. (2007). *¿Por qué es divertido el sexo?: ¿por qué los amantes hacen lo que hacen?: Un estudio de la sexualidad humana*. Madrid: Debate.

Díaz, P., Pandolfi, P., & Perfetti, R. (1999). *Journal of social applied psychology On-line*.

Recuperado de

<http://www.aloja.cl/pdf/fisico.pdf>

Discovery Channel. (2009). *La ciencia del Sex Appeal*. Recuperado de

https://www.youtube.com/watch?v=eFPp_m5RII0

Duque-Osorio, J. (2015). *Psicología evolucionista: Una breve introducción*. Recuperado de

https://www.researchgate.net/profile/Juan-Fernando_Duque-

Osorio/publication/305388361_Psicologia_Evolucionista_Una_Breve_Introduccion/links/578c1c7708ae7a588eed2e5.pdf?origin=publication_detail

Estupinyá, P. (2014). *S=EX² la ciencia del sexo*. Bogotá: Debate.

Fisher, H. (1992). *Anatomía del amor: Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Fisher, H. (2004). *¿Por qué amamos? Naturaleza y química del amor romántico*. Bogotá: Alfaguara S. A.

Gabbatiss, J. (2016). *¿Existen animales verdaderamente monógamos?*. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160217_vert_earth_monogamia_animal_es_yv
el 02/05/2017

García, A. (2005). *La conjura de los machos: una visión evolucionista de la sexualidad humana*. Barcelona: Grupo Planeta Spain.

García, A. (2008). *El sexo de las lagartijas: Controversias sobre la evolución de la sexualidad*. España: Tusquets Editores

Gordon, C. (s.f). *Internet Encyclopedia of Philosophy. Empédocles (ca. 490-430 a. C.)*. Recuperado de <http://www.iep.utm.edu/empeoc1/#H4>

Gould, S., & Elisabeth V. (1998 [c. 1982]). *Nature's Purpose: Analysis of Function and Design in Biology*. Cambridge: The MIT Press.

- Iturbe Acosta, U. (2010). *Adaptaciones y adaptación biológica, revisadas*. Revista de la Sociedad Española de Psicología Evolutiva. Recuperado de https://www.academia.edu/3751920/Adaptaciones_y_adaptaci%C3%B3n_biol%C3%B3gica_revisadas?auto=download
- Lessa, E. (1996). Darwin vs Lamarck. *Cuadernos de Marcha*, 11(116), 58-64.
- Lewin, R. (1987). The unmasking of mitochondrial Eve. *Science*, 238(4823), 24-27.
- Linde, M. (2016). *Adaptación, exaptación y el estudio de la forma (Memoria presentada para optar al grado de Doctor en Biología)*. Universitat de les Illes Balears. Palma, España.
- Luria, A. (1977). *Introducción a la psicología evolucionista*. Barcelona: Fontanela
- Margulis, L., & Sagan, D. (1997). *¿Qué es el sexo?*. Matema 55. Barcelona: Tusquets Editores.
- Medina, J., López-Fuentes, N., Valdez, J., & Jiménez, M. (2016). La elección real e ideal de pareja: un estudio con parejas establecidas. *Revista Interamericana de Psicología*, 41(3), 305–311.
- Morris, D. (1973). *El mono desnudo: un estudio del animal humano*. Barcelona: Plaza & Jane.
- Peláez, F. (1985). *La dominancia social: una aproximación primatológica*. Estudios de Psicología, 6(21), 99-113.
- Perilloux, C., Cloud, J., & Buss, D. (2013). *Women's physical attractiveness and short-term mating strategies*. *Personality and Individual Differences*, 54(4), 490-495.

- Rivera, A. (2002). *Influencia de la selección sexual sobre el comportamiento reproductor de los Odonatos*. In *Evolución: la base de la biología*. Proyecto Sur.
- Ryan, C., & Jethá, C. (2012). *En el principio era el sexo: Los orígenes de la sexualidad moderna. Cómo nos emparejamos y por qué nos separamos*. Madrid: Grupo Planeta Spain.
- Saavedra, C. (2006). El Informe Kinsey. *Revista de Estadística y Sociedad*, (15), 20-23.
- Sampieri, R., Collado, C., Lucio, P., & Pérez, M. (1998). *Metodología de la investigación* (Vol. 1). México: McGraw-Hill.
- Serrano, S. (2005). *El instinto de seducción*. Barcelona: Anagrama.
- Simone Dizionari Online. (2017). Recuperado de <http://www.simone.it/newdiz/?action=view&id=1074&dizionario=1> el 25/04/2017.
- Suarez, D. (2007). *Historia del Corset*. Colegio Universitario (tesis de pregrado). Monseñor de Talavera San Diego.
- Urquiza Haas, E., & Dickinson Bannack, F. (2005). El índice cintura-cadera y el índice de masa corporal como elementos sensibles a variaciones ecológicas en las valoraciones de atracción del sexo femenino. *Estudios de Antropología Biológica*, 13 (2).